



UN
ABISMO
INFINITO

LARRÚ

Un abismo infinito

Larrú

© Larru, 2018.

Queda rigurosamente prohibida toda distribución, reproducción, comunicación pública y transformación, ya sea total o parcial, de este libro, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

*Y mi voluntad sigue, inútilmente, empeñada en la lucha más terrible: vivir lo mismo que si
tú existieras.*

(Ángel González)

*Miradas de las que nacen historias,
que hablan un lenguaje sin palabras,
que construyen puentes hacia el alma.*

Table of Contents

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

Prefacio

¿Era o no era Urko?

A veces, creía que el verdadero Urko se había quedado en aquel accidente de coche, atrapado en aquel cuerpo inerte. O en realidad, Urko era ese holograma de la persona que antaño fue, lo que comúnmente se denominaba fantasma.

Urko sabía la respuesta de sobra. Tenía claro que había muerto y que ya no pertenecía al mundo de los vivos pero no podía creer que hubiera sido tan temprano, apenas con treinta y dos años. Siempre había pensado que, con el paso de los años, se convertiría en un tipo desgredado, decrépito y malhumorado, aunque reconocía que si hubiera envejecido con Vega, le facilitaría la existencia.

Cuando la conoció, tenían la mayoría de edad recién cumplida. Coincidieron en una fiesta universitaria, se la presentaron unas chicas de su barrio. Nada más verla, comprendió que se le había atravesado en su camino. No podía dejar de mirarla, ella hablaba y entretenida como estaba, no se percataba de lo embobado que él la observaba.

Urko se decía: “Chaval, no tienes nada que hacer, nunca se va a fijar en ti, olvídате”. Algo que nunca le había preocupado, gustarle a nadie, en ese momento se volvió prioridad. Se encontró cruzando los dedos, para qué engañarse a si mismo, deseando que ella se fijara en él, se conformaba con la mitad de lo que él lo hacía en ella. Pero, Vega, era una estrella de otro cielo, no del suyo.

Y entonces ella le habló, le preguntó a qué facultad iba. Le contestó que estudiar no era más que una pérdida de tiempo, que él quería trabajar y ella le contestó con una sonrisa, que era una pasada que tuviera las cosas tan claras, cuando ella ni siquiera sabía si estudiar medicina o fisioterapia. “Ojalá yo tuviera esa certeza” añadió. Lo que Vega desconocía era que, eso precisamente era lo único que sabía en su vida. Pero en esos instantes, todo el peso del mundo que llevaba a sus espaldas, se hizo más ligero. Ella fue capaz de hacerle olvidar las discusiones con sus padres, el no encontrar trabajo, la vida a la que no encontraba el verdadero sentido. Sólo ella con mirarle, hablarle y reírse había transformado su amargor. Lo que comenzó sin ningún tipo de expectativa para Urko, porque él creía que cualquier otra chica hubiera pensado que no tenía ningún tipo de formalidad, ella le dio a entender que veía lo que había detrás de su fachada de quinqui. Urko se encargó de demostrarle que era un macarrilla con encanto y sobre todo, con sentimientos, que ella había creado, ella sola.

Porque Vega, era su mano derecha, izquierda, sus piernas, su cabeza, su corazón. Se convirtió en su todo. Vega, su amor, su compañera, la que le entendía a la perfección. La persona que logró que por su boca salieran palabras como “te quiero” que parecían tan perdidas en su existencia. El quinqui, el que iba a su bola, el que salía únicamente con los amigos, no daba un duro por conocer a una chica así. Vega era una estrella, su nombre lo decía todo, su propia Vega del firmamento.

Cuando con horror, se dio cuenta que había muerto, la rabia le mató de nuevo, pero el alma.

No sólo la había perdido, es que ni siquiera se había despedido de ella. El accidente de coche le había hecho fallecer en el acto.

Desde ese lugar en el que se encontraba, podía verla y sentir también el dolor que ella emitía y que a su vez, le hacía vibrar a él. Urko nunca hubiera sospechado que en ese estado en el que se había convertido, pudiera suceder. Ni eso ni nada. Así se encontraba, perdido, confuso, torturado, hasta que de repente una presencia anónima, sin forma, le habló y le dijo que podía regresar a arreglar lo que le consumía:

—¿Puedo volver? —preguntó Urko incrédulo y miraba a su alrededor para tratar de descubrir el origen de la voz.

—Sí pero por un tiempo, el necesario para solucionar lo que está ocurriendo entre ella y tú. Ve y despídete.

—¿Voy a resucitar?

—No, volverás como fantasma, la forma que corresponde para llevar a cabo lo que has de hacer. Tal vez te cueste, suele ocurrir no desesperes. Eso sí, recuerda que sólo es un regreso circunstancial.

—¿De cuánto tiempo me hablas?

Urko no obtuvo respuesta, la presencia anónima había desaparecido. Tenía un montón de incógnitas y una misión desoladora pero iba a volver con Vega y de momento, eso era lo que le importaba y se aferró a esa última oportunidad.

Capítulo 1

Se dio cuenta en ese preciso instante de que, los últimos acontecimientos dejaban de ser meras coincidencias, los sucesos extraños ocurrían cada vez, con más frecuencia.

De los altavoces distribuidos por el pequeño salón, había empezado a escuchar unos acordes y una voz masculina cantaba unas letras en inglés:

*Going back to the corner where I first saw you
Going to camp in my sleeping bag
I'm not going to move
Got some words on cardboard
Got your picture in my hand
Saying: 'if you see this girl
Can you tell her where I am? [1]*

Vega no había puesto en marcha el reproductor de música, ni siquiera sabía qué cd era ése, es más, no tenía ni idea de la canción que estaba sonando. Miró con atención el aparato, se dijo que debiera estar asustada pero no, no sentía nada de eso. Ni tan siquiera pensaba, la música repentina pareciera haberla obnubilado por completo. Su cuerpo comenzó a vibrar, le dio la sensación de elevarse y miró hacia sus pies que permanecían firmes en el suelo de la habitación. Sin embargo, sentía todo lo contrario, notaba ligereza, como si flotara y eso tampoco le dio miedo porque aquello le resultaba placentero, la embargaba, la empujaba, aquello traspasaba todos los puntos de su piel.

Algo así como una especie de descanso, el cuerpo desconectado, en un estado suspendido de conciencia. Olvidar las exigencias de la realidad. Sintió como una caricia en la cara y cerró los ojos. Sintió la sensación de un abrazo alrededor de su cuerpo y ella se acomodó en esa invisibilidad como un ronroneo embargador. Su pecho latía fuerte, pensó que podía llegar a reventarse y eso, por un momento, la llegó a perturbar.

“Sueñas despierta, Vega” se dijo sin hacer amago de resistirse a la sensación que le abrumaba. Pensó que aquello ya lo había vivido antes, pero de forma real, en los brazos de él, pero esto otro qué tipo de situación era, ¿una sensación genuina?

Cuando el silencio regresó, volvió en sí, con la impresión de haber vuelto de un espacio en el que el tiempo había estado en pausa.

En su mente resonaba el estribillo:

I'm not moving, I'm not moving, I'm not moving, I'm not moving, ... [2]

Al cabo de unos segundos, reaccionó y se fue hasta la habitación en la que tenía el ordenador portátil. Tecléo en el buscador las palabras pronunciadas que continuaban como eco en su interior y añadió el término “canción”.

En primera instancia, salió un tema de Phil Collins pero la voz masculina que había escuchado no pertenecía a ese cantante. Unos resultados más abajo, encontró un vídeo de *Youtube* titulado “*The Script, The man who can't be moved*”, hizo clic en él. Había resuelto la incógnita, bendito internet.

Sonaba de nuevo la música. Mientras, leyó la información sobre lo que escuchaba y recordó una ocasión en la que él, no podía pronunciar su nombre sin que algo le punzara por dentro, había hablado de una banda irlandesa que comenzaba a gustarle.

—He estado escuchando algunas de sus temas y son buenos, suenan genial. Seguro que a ti también te gustarían Vega.

—Lo dudo, ya sabes que no coincidimos en gustos musicales.

—En esta ocasión, sí, estoy convencido. Ya les oirás y me darás la razón, seguro.

Ella había asentido mientras pensaba que la próxima vez que fuera a *Fnac* buscaría algún cd del grupo para comprárselo y le daría la sorpresa. Sin embargo, el destino le arrebató la oportunidad.

La melodía continuó y sin embargo, el encantamiento que había sentido hacía unos momentos no resurgió, esperó pero los acordes terminaron y no había notado nada más.

Ahí mismo reconoció que la cadena de sucesos fortuitos y raros tenían el mismo punto en común, que aunque las circunstancias se repitieran, dicho encantamiento en el que se veía sumergida, no se volvía a dar del mismo modo.

Como lo ocurrido dos meses atrás, cuando después del trabajo agotador como fisioterapeuta en una clínica en el centro de la ciudad, fue al establecimiento de estética de Daniela a realizarse el tratamiento corporal de cada mes.

A pesar de que en los últimos tiempos se había volcado de manera exclusiva en su profesión, a esa cita nunca faltaba, era de las pocas cosas junto con las clases de yoga que aún le hacían sentir bien. El horario de trabajo era de nueve de la mañana hasta las tres de la tarde pero Vega iba una hora antes y salía cerca de las seis.

Un día, cuando se despedía de su jefe hasta la jornada siguiente, éste le hizo un comentario al respecto de que no era necesario que se quedara más tiempo todos los días. Ella contestó que la lista de espera de pacientes era mucha y que los problemas que sufrían no podían esperar tanto.

—Por mucho que tú te esfuerces y por muchas horas que metas, tú solita no lo vas a lograr, en todo caso es asunto mío que soy el responsable de todo esto, que tú vas a acabar como uno de los que tú tratas.

—A mí no me importa quedarme más tiempo.

—Te estoy apuntando las horas no te creas, ya te las cogerás o si quieres, te las pago.

—Vale Manu, no te preocupes, hasta vas a ser un jefe fuera de lo normal.

—Jajaja, ya sabes que sí, rompieron el molde conmigo, el de los jefes, claro.

—Qué vacilón eres.

Vega sabía que Manu tenía toda la razón pero no le dijo que en verdad, lo que le ocurría era que necesitaba tener la mente ocupada el mayor tiempo posible para no pensar, para no recordar, para sufrir lo menos posible. De este modo, ella creía que se hacía un favor y de paso, ayudaba a las personas que le venían con sus problemas. Además, le encantaba su profesión, para ella cada caso no era uno más, era un reto más y le satisfacía ver que gracias al esfuerzo de su trabajo, el paciente iba mejorando. Por todo ello su profesión se había convertido en un refugio después de lo que ocurrió, lo único que la sacaba de la cama cada día. Pero también debía reconocer que le agotaba y cuando iba al tratamiento corporal, resultaba un momento muy reparador, tanto para el cuerpo como para la mente que se dispersaba.

Cuando Daniela le repartía una crema con olor a flor de azahar sobre todo el cuerpo, esperaba que actuara durante treinta minutos para luego retirarlo. En aquella ocasión, se relajó tanto que sintió que el sueño le podía. Se dejó llevar, tenía confianza con Daniela, sabía que estaba en buenas manos y además, un sueñecito le iría genial, aún tenía que hacer algunos recados, el frigorífico estaba vacío, al menos tenía que comprar algo para cenar, aunque de buena gana se iría directa para casa, a su sofá o a su cama.

Notó que le tocaban los hombros y sin abrir aún los ojos, dijo:

—Qué rápido se me ha pasado el tiempo esta vez, Dani, mucho más de lo habitual. Bueno, claro, es que me he dormido...

Nadie contestó y entonces, cuando quiso levantar los párpados se dio cuenta que era incapaz, que apenas lograba entrever nada, le invadía un sueño de ésos, pegajosos. Sintió que una caricia le recorría ambos lados del cuello, tan placentera que calló su voz interior quién cuestionaba qué estaba ocurriendo. Se dejó llevar por el hormigueo que le producía el roce ínfimo.

—Umm... esto es la gloria —pensó.

—No, esto es la eternidad —una voz distorsionada de hombre le habló al oído, intensa, íntima.

Oyó una puerta que se abrió y seguido escuchó a Daniela:

—¿Qué tal, Vega? ¿Todo bien?

—Eh... sí, creo que sí, me he dormido, me parece...

—Señal de que estabas realmente relajada, eso está muy bien.

Vega no le contó nada de lo que acababa de sucederle, se dijo que tan sólo ensoñaciones y nada más. Pero el roce que sintió y las palabras susurradas se habían quedado grabadas en su memoria y todas las veces que le venían a su mente, le producían un ligero sobresalto en el corazón.

[1] Volviendo a la esquina donde te vi la primera vez
Yendo de acampada con mi saco de dormir. No voy a moverme.
Puse algunas palabras en una cartulina, puse tu foto en mi mano
diciendo: si ven a esta chica, ¿pueden decirle dónde estoy?

[2] No me muevo, no me muevo, no me muevo, no me muevo

Capítulo 2

Unas semanas después, volvió a tener otro episodio extraño y perturbador.

Había quedado con su prima Jone para comer en uno de los bares de La Arena, la playa de Muskiz. Habían vivido durante muchos años puerta con puerta en Bilbao, hasta que Jone se casó y se marchó a Muskiz. Sin embargo, se llamaban y mandaban mensajes con asiduidad y solían ir a comer juntas algún sábado que otro, cuando su prima podía dejar a los niños con su marido alguno de los fines de semana que libraba en la petrolera *Petronor*. Comieron y decidieron caminar un rato, más tarde se sentaron en uno de los bancos que miraban al mar. Charlaban animadamente, cuando el teléfono de Jone comenzó a sonar.

—Es Iñaki, ¿habrá pasado algo con los niños? —comentó ella y seguido descolgó — Hola, ¿cómo es que me llamas?

El semblante de la mujer se tornó preocupado al escuchar a su interlocutor.

—Vale, vale, voy ahora mismo —dijo mirando hacia Vega— Si, allí mismo nos vemos, hasta ahora.

Jone guardó el móvil en uno de los bolsillos de la chaqueta y se levantó del banco.

—Nerea, que se ha caído y se ha hecho una brecha, prima. Me tengo que ir, cielo, están ya en urgencias y la niña no para de preguntar que dónde estoy.

—Vete, vete, no te preocupes, hablamos a la noche y me cuentas, ¿vale?

—¿Te quedas aquí?

—Sí, hace buena temperatura, aprovecharé estos rayos de sol que en nada se hace de noche, venga márchate ya.

Se quedó sentada allí, observando el horizonte y los acantilados, esperando que el accidente de la pequeña se quedara en un simple susto, otro más.

Realmente se estaba bien, se levantó del banco y se apoyó en la barandilla que ofrecía unas vistas de ciento ochenta grados a los acantilados. Siempre había pensado que aquel sitio representaba un abrazo con el que te rodeaba la vida. El agua de frente, a veces en calma y otras, dibujando olas en su superficie. Aquella playa siempre la había reconfortado y sonrió. Una repentina brisa se levantó y le acarició los brazos desnudos provocando un ligero escalofrío. Pero Vega no se movió de allí, continuó contemplando todo a su alrededor, sin pensar, sólo disfrutar por unos momentos más, ese momento de paz.

A su mente acudió sin avisar, el recuerdo de aquella lejana tarde de casi verano, en ese mismo lugar, él situado detrás de ella, agarrándole por la cintura y su cabeza inclinada, mejilla contra mejilla.

—¿Sabes Vega? Te quiero —dijo él.

Ella le miró de reojo y preguntó tragando saliva:

—¿En serio?

Él se rio y Vega le dio un pequeño empujón con el codo.

—No me vaciles, Urko y dime la verdad.

—Acabo de declararme en toda regla y tú no me crees.

Vega le miró con intensidad. Claro que le creía pero quería oírsele decir de nuevo. Él le devolvió la mirada frunciendo el entrecejo, hasta las incipientes arrugas alrededor de esos ojos azules le hacían enormemente atractivo.

—Estamos bien, ¿no? Yo así me siento contigo y sé que te quiero, punto.

—No te enfades, yo también te quiero, Urko pero con tu pose de gamberro a veces no sé si sólo es cachondeo...

—¿Enfadarme? No puedo y menos cuando me miras así. Además, ¿qué pasa? los quinquis también nos enamoramos.

Urko la giró sobre él y se acercó para besarla. Al principio, un suave apretón en los labios, luego poco a poco, fundiéndose en un baile de suspiros y sensaciones como pequeños estallidos interiores.

Fue el beso que selló su mutuo amor.

“El beso más auténtico que nunca más se volverá a repetir” pensó con tristeza Vega e instintivamente se miró el pequeño tatuaje que tenía en el dedo anular derecho entre la uña y el nudillo, una estrella en miniatura y discreta que se hicieron ambos al día siguiente de aquel beso, una especie de corroboración física y para siempre, de lo que había significado aquella tarde para los dos. Un momento que compartieron a la vez y que fue lo más parecido a una boda que les fue negada.

“¿Por qué te fuiste, por qué?” Cerró los ojos porque no quería llorar, eso no iba a conseguir que él regresara, tan sólo era sufrir para nada. Se llevó las manos a su media melena y la recogió sujetándola en un moño entre sus manos.

En esos instantes notó un soplido cálido en la nuca y abrió los ojos nerviosa, dejando caer el cabello sobre los hombros de golpe. Miró su alrededor, no había nadie, estaba sólo ella, la playa y el mar.

Y de nuevo, escuchó aquella voz entrecortada que creyó soñar la última vez:

—Eres preciosa y aún no entiendo cómo te enamoraste de mí. Nunca imaginé que pudiera ocurrir.

Vega empezó a notar una creciente debilidad, se sintió mareada y se volvió hasta el banco a sentarse. Se frotó las sienes y respiró varias veces con profundidad. Ya era la segunda vez que le ocurría y comenzaba a perturbarle.

A partir de aquella tarde, algunos acontecimientos más se sumaron a los dos primeros, aunque de menor envergadura. Como en aquella ocasión que ella iba de camino al trabajo y de reojo, distinguió una sombra al lado de la suya e instantes después desapareció. O aquella otra vez en la que, sentada en su sofá viendo su serie favorita, le pareció oír al lado suyo el sonido de la risa de Urko.

Y la sensación, cada vez más frecuente, de sentirse observada, sobre todo en casa.

Empezó a formarse una idea en su cabeza que la asustó. “¿Un fantasma la acechaba, el espíritu de Urko?” se preguntó y enseguida se dijo a si misma que era imposible, que todo era producto de estrés post traumático.

Pronto se cumpliría un año del accidente en el que Urko perdió la vida y ella salió ilesa, apenas unos cuantos moratones y un pequeño esguince cervical. Venían de pasar la tarde en su playa, él conducía y ella trataba de convencerle que la canción que acababan de escuchar en la radio “*Time to say goodbye*” de *Andrea Bocelli* era una canción muy bonita y romántica. Urko se reía y le decía que le recordaba a música de iglesia.

—¿Cómo puedes decir eso? No tienes ni idea —contestó ella.

—Me vas a decir que no parece un coro de monjes.

—Pues a mí me inspira mucho, cuando estoy leyendo algún tratado nuevo sobre fisioterapia o lo que sea, me pongo este tipo de música de fondo y me parece que todo se me queda mejor.

—Oye, si a ti te gusta me parece bien pero a mí no me convence, lo siento. Sigo pensando que es canción de misa.

Fueron sus últimas palabras, antes de que un camión en la carretera, se metiera en su carril al dar una curva e hiciera que el automóvil de ellos se propulsara hacia el lado contrario.

Aquella canción había sido el aviso de lo que iba a ocurrir casi al momento.

Lo peor fue el sentimiento de culpa de por qué ella estaba viva y él había muerto, para pasar después a la desesperación de no haber tenido la oportunidad de despedirse de él. De un segundo a otro, su destino había virado en ciento ochenta grados. No había día en el que no se acordara de las palabras del poeta *Benedetti*:

*Me gustaría
que estuvieras aquí conmigo,
o yo allá contigo,
o que estuviéramos juntos en cualquier lugar.*

Tenía que ser eso, estrés post traumático, lo que estaba provocando aquellas alucinaciones o sucesos extraños. “Porque no podía ser un fantasma... ¿el fantasma de Urko?” se preguntó al tiempo que un sudor frío le recorría. Acababa de llegar de trabajar y se había tumbado en el sofá, la sensación de no encontrarse sola cada vez era más frecuente y en esos momentos se sintió inquieta.

Fue hasta el baño, abrió el grifo de la ducha y se desvistió para meterse debajo del chorro de agua caliente. Poco a poco notó que se iba tranquilizando hasta perder la noción del tiempo en el que había estado bajo la ducha. Salió y se enrolló con la toalla, el cuarto estaba lleno de vapor que había empañado completamente el espejo del lavabo.

De pronto dos palabras se escribieron en su superficie: “Soy Urko”.

El corazón de Vega dio un vuelco total, pensó que se le iba salir por la boca. Una mezcla de susto, miedo, ganas de gritar y salir corriendo se mezclaron, sin embargo se quedó allí y sin saber muy bien qué hacía, dijo en un susurro:

—Urko, ¿eres tú? ¿de verdad?

—Sí —escribió.

Vega se sentó sobre la tapa del urinario y comenzó a llorar con desconsuelo. Pensó que estaba loca del todo, que estaba enferma de la cabeza. Se levantó y pasó las palmas de las manos con desesperación y rabia por la superficie empañada, entonces le vio reflejado, Urko estaba detrás de ella y le veía con absoluta claridad. Se dio la vuelta, no había nadie. Se giró hacia adelante, él estaba allí, más bien, su reflejo. Vega había enmudecido. Él sonreía y vio que se acercaba más. No podía ser cierto, pero aquella figura reflejada era la de Urko que se inclinaba sobre su hombro izquierdo y depositaba un beso. Sintió una especie de vibración fría pero a la vez liberadora que la hizo estremecer. Urko se echó hacia atrás y su silueta se desvaneció.

—No, no te vayas, por favor, espera, espera un momento —dijo afligida.

Esperó un rato, pero el espejo sólo le devolvía su propio reflejo. Volvió a abrir el grifo para que saliera el agua caliente y volviera a cubrirse de vaho el espejo, necesitaba respuestas, no podía dejar que aquello quedara así. Aunque no le viera, necesitaba saber que se encontraba allí.

Después de unos minutos, cuando logró su propósito, dijo en voz alta:

—¿Estás aquí, cariño?

La palabra “sí” se escribió claramente ante ella y seguido otra más: “Emocional”.

—¿Emocional? ¿A qué te refieres?

Vega esperó mientras su cabeza parecía un torbellino de felicidad, locura y miedo. Por momentos tuvo la sensación de que se mareaba. De nuevo, unas palabras se escribieron: “Escucha esa canción”.

—¿Por qué?

El espejo le contestó: “Escúchala”.

—Pero, Urko, ¿qué sucede con esa canción?

No hubo más respuestas. Después de esperar, tal vez un cuarto de hora, se dio cuenta que Urko o mejor dicho su fantasma, ya se había marchado. Se vistió y buscó en internet la canción que él le había indicado. Pertenecía a *Dani Martín*. La escuchó y a su vez vio el videoclip.

Esa vez y muchas más. El reloj marcaba las ocho de la tarde y ella seguía poniendo una y otra vez la misma canción. No podía parar de escucharla y de ver las escenas. Claramente, el mensaje que le mandaba Urko era que su fantasma existía, no habían sido alucinaciones. El video de ese tema trataba sobre una pareja que quedaban a una hora, después de que la chica, Blanca Suárez saliera de ballet pero el chico, Dani Martín, sufría un accidente de moto y moría. A la cita acudía su fantasma.

Urko le había indicado, claramente, la evidencia aplastante de los sucesos que había vivido.

Cuando acabó de sonar por enésima vez la canción, apagó el ordenador.

Necesitaba quedarse en silencio, salir del bucle en el que estaba aún más perdida que al principio. Si pudiera contarle a alguien lo que le estaba ocurriendo. Sonrió. Quién iba a creer una historia tan inverosímil. Dirían que se la estaba inventando, en el mejor de los casos. En el peor, empezaría a contemplar la posibilidad que la muerte de Urko la había dejado “tocada” del todo y comenzaba a tener episodios de alucinaciones. Ella misma lo creería de otra persona si le viniera contando algo así.

Pero Vega en esos momentos, estaba en la posición increíble y reconocía que si no fuera porque le estaba ocurriendo a ella, hubiera dicho que los fantasmas eran asuntos de los libros de ficción, leyendas urbanas y demás. Hasta el mismo Urko lo hubiera dicho, es más, se hubiera reído a pleno pulmón.

Se tumbó en el sofá agotada de tanto darle vueltas a la cabeza y con la imagen de él, con sus vaqueros desgastados y su camiseta negra. Se abrazó a uno de los cojines y cerró los ojos, quería dormirse y soñar con Urko, una vez más.

En ese lapso de tiempo, hasta caer en la inconsciencia le pareció escuchar la voz de él que le deseaba felices sueños.

Capítulo 3

Comenzó aquellas clases de yoga más que para hacer ejercicio, como una especie de apoyo espiritual, como una manera de desahogar todo lo que sentía desde hacía un año. Nunca hubiera creído llegar a ese punto en el que se encontraba, en el de sentir un vacío total.

En el profesor de yoga encontró alguien a quién le podía contar lo que se le ocurría, compartir todos esos devaneos existenciales que jamás se hubiera cuestionado de no ser por lo sucedido. El profesor, la miraba con cariño y asentía, le dejaba que hablara y que soltara ese lastre.

No fue al principio, ella iba a las clases en las que estaba con un grupo de media docena de chicas y un par de chicos y en cuanto acababa la sesión, recogía su bolso y abrigo y se marchaba. Tiempo después, pasados tres meses, una de las mañanas en la que ella iba a la clínica se encontraron en el metro y hablando como si tal cosa, ella se soltó con él.

Empezaron a coincidir cada semana y a Vega le parecía como tener una sesión de psicólogo, sólo que como. Porque Aritz no era psicólogo ni pretendía serlo. Era un profesor de yoga que se limitaba a escucharla, que no la juzgaba ni trataba de animarla, ni convencerla, nada. Eso era lo que le gustaba de charlar con él. De momento, con nadie más hubiera podido atreverse a abrirse de par en par.

Hablar de la muerte de Urko y de lo que le estaba ocurriendo en los últimos meses era demasiado fuerte. Si hubiera acudido al psicólogo, la hubiera enviado al psiquiatra, seguro. Y si lo hubiera hablado con su familia y amigos, tal vez, la hubieran encerrado directamente en un manicomio.

Con Aritz no temía nada de eso, era un bálsamo, su voz tranquila le abrazaba y si no fuera porque sabía que estaba casado con un hombre, ella hubiera pensado que tanta amabilidad solo era por un interés más allá de la simple amistad.

Aritz era un tipo delgado y fibroso, de voz grave pero quieta que te envolvía en sus palabras y a su vez, cuya presencia y mirada instaban a hablar a Vega:

—A veces, en el sofá viendo la televisión me parece sentirle, ¿sabes? como si extendiera el brazo y pudiera llegar a tocarle. También cada mañana, cuando me levanto, me parece que puedo escuchar aún su voz, preguntándome como siempre, ¿qué quieres para cenar hoy?

—¿Qué hay de raro en eso, Vega?

—Que creo, de verdad, que él está conmigo.

—¿De verdad? ¿A qué te refieres?

—A que Urko ha regresado, que su fantasma está cerca de mí.

Él la miro, como si no hubiera dicho nada del otro mundo, como si hablar de fantasmas fuese lo más cotidiano. Vega se quedó callada esperando a la reacción de su confidente. Pero Aritz no le dijo nada, tan solo asintió.

La siguiente vez que se vieron, en su habitual cita en el metro, le llevo un libro sobre espiritualidad y le dijo que podía ayudarla, a entenderse, a comprender lo sucedido o simplemente a sentir alivio. No le dijo nada acerca de la existencia de fantasmas. Ella cogió el libro y lo guardó en su bolso, prometió que lo leería. Luego hablaron del tiempo y poco más.

Para Vega, esos ratos resultaban significativos. Sentía que mantener ese secreto con ella, la iba a enloquecer no por ver el fantasma de su novio, si no por no poder confiar en nadie, por no hablar de la pena que sentía.

A veces creía que se desgarraba por dentro. Cada noche lloraba hasta quedarse dormida por la extenuación, el dolor que la oprimía el pecho y que casi no le dejaba respirar terminaba por dejarla sin fuerzas.

Llegó a la conclusión que sentir su presencia, no rayaba la locura, si no que más bien era su cura a lo mal que se encontraba. Al fin y al cabo, su vida se había desmoronado, todos sus planes, sus sueños habían desaparecido de un plumazo. También aquello se lo contó a Aritz.

—¿En qué lugar quedan mis sueños, Aritz? Tal vez, en el mismo lugar donde Urko está, y ese sitio no puede ser otro que la nada, el vacío. Como el hueco que ha quedado en mi corazón... ¿ahora qué hago con esto que siento? ¿con todo lo planeado? Dicen que debo comenzar de nuevo, vale, ahora pienso que todo lo anterior sólo puede ser tiempo malgastado. Y me jode el tiempo en vano, mucho. También me duele la impotencia, la rabia de no haber podido darnos un último beso. Me queda tan adentro, como esa boda que quedó en el aire, “Todo lo que quedó en el aire”, podría ser un buen título de un libro o película. Ahora que lo pienso, pudiera ser el de esta historia mía que no doy por finalizada y la vida, sin embargo, la dio por mí y por él. Aceptar que se ha terminado me consume, porque yo quiero creer que soy dueña de mi destino pero ya me he dado cuenta de que no es así. Me doy cuenta de que la vida confabuló para que Urko y yo nos conociéramos y ahí no me enfadé con el destino, me puse a botar de alegría... Para qué engañarnos, somos seres egoístas, ¿no crees, Aritz?

—La vida y el mundo no se para por nada ni por nadie, sigue sin Urko y sin tantos otros — contestó él.

—Coño, ya sé que es así, pero yo me empeño en creer lo contrario. Y el fantasma de Urko también se aferra al mundo, a la vida, al sentimiento que nos une. Le puedo notar muy cerca, siento susurros, caricias y miradas. En sueños, él me habla: “Vega, asómate al balcón, mira el amanecer, fotografialo. Aunque deberías cambiar ese móvil, hace unas fotos malísimas. ¿Para qué quieres el puñetero dinero?” Urko es muy manirroto, “el dinero tiene que circular, si no, para que cojones sirve” me dice. Yo le contesto: “Sirve para que nos vayamos a las Vegas, a casarnos, bobo”. “Ah vale, perdona se me había olvidado” dijo riéndose. Luego yo le doy un codazo. Es que no parece nunca un sueño, te lo digo muy en serio.

Aritz le abrazó.

—La vida lo mismo que provee, te quita, pero volverá a darte, Vega, no desesperes.

Ella siguió desahogándose:

—No sé qué clase de boda iba ser, la verdad sea dicha, sólo sabíamos que nos escaparíamos a Las Vegas y después. lo que surgiera. Urko decía que así, sin planes, no habría desilusiones. Tenía razón. Cuando confías demasiado y no se cumplen tus expectativas, se pasa mal, fatal. Más si sabes que no es que no se hayan cumplido en ese momento, es que no se van a cumplir jamás. Porque en este caso, falla una parte imprescindible del plan porque no sólo se ha ido, es que jamás le volverás a ver. Aritz, esta palabra, jamás, pronunciarla es terrible. Siento un nudo horroroso en la garganta, como si el propio cuerpo se negara a pronunciarla. Como si al vocalizarla, se rompiera todo mi ser por dentro, todo se hiciera añicos.

—Lo sé, Vega, es una palabra con un significado muy profundo.

—Ocurrió un mes después de su muerte, un día que dije por primera vez: “Jamás te volveré a ver Urko, jamás volveré a oír tu voz.” Pensé que me iba desmayar, noté que me iba, que la conciencia me abandonaba. Hasta aquel entonces, no había reaccionado. Era como si creyera que él estaba fuera, por algún extraño motivo, en casa me parecía poder verle, sentirle aún en la cama, que en cualquier momento aparecería por la puerta de nuestra casa, cargado con las bolsas del súper y diciendo: “Voy a hacer un risotto esta noche que vas a flipar a colores, chavala”.

Darme cuenta que ya no iba a haber ninguna noche más de viernes. Porque, las noches de los viernes eran todo un homenaje al comienzo del fin de semana.

Recuerdo que la del último viernes antes del accidente, preparó en la plancha un entrecot para los dos con pimientos del piquillo y de postre hizo sorbete de mandarina. Y lo que vino después, me lo ahorro, Aritz.

Aritz se sonrió de medio lado y puso los ojos en blanco.

—Sí, no es necesario que me lo expliques, que todo no hay que saberlo.

—Pues no, claro que no, eso quedó entre Urko y yo. Aquellas noches, sus abrazos y sus susurros, su manera de mirarme tan especial. He soñado tantas veces con esa intimidad, Aritz y me despierto y aún me parece sentir su piel sobre mi piel. Son tan vívidos que me hacen preguntarme si los sueños no son otra vida paralela. ¿Tú qué crees?

—No lo sé, Vega, pero pienso igual que tú que a veces los sueños tienen más certezas que la realidad, es más, ahí sale toda nuestra verdad, la que guardamos tan adentro, la que a veces escondemos y nos negamos porque en esta realidad es completamente improcedente.

Sueños o no, ella estaba segura de que todos los acontecimientos que estaba viviendo al menos le hacían sentir feliz de una manera extraña, pero feliz y que la consolaba, de alguna manera.

Capítulo 4

Vega reconocía que no estaba al cien por cien en su vida en general. En el trabajo había perdido alguna de las citas de los pacientes y, en otras ocasiones, le aparecía gente con la que no recordaba haber quedado.

—Si, mira, vine la otra tarde y me dijiste que justamente acaban de anular una cita —le explicó una señora a quién no recordaba haber visto con anterioridad.

Más tarde, Manu le dijo que aquello no podía continuar así. Le ofreció coger unas vacaciones, que no había problema con el trabajo y que entendía que tal vez, necesitara desconectar.

—Pero realmente lo que deberías hacer en primer lugar es ir al psicólogo, creo yo.

La obligó a recostarse en una de las camillas pese a que Vega se resistió:

—Estoy bien, Manu, se me pasará, te lo prometo.

Empezó a palparle los músculos del cuello.

—Tiene unas contracturas de cuidado. El cuerpo es sabio, Vega, tú mejor que nadie lo sabes, déjate aconsejar por él, ya que a mí no me haces ni caso.

—Lo sé.

—¿Por qué no te vienes a cenar hoy a casa? Amaia seguro que se pone contenta de verte, hace mucho tiempo que no coincidís. ¿Qué, te apuntas?

—Realmente no puedo Manu, lo siento, tengo ganas de llegar a casa. No te lo tomes personal, de verdad.

—Piénsatelo, es sólo un rato.

—Gracias pero no, otro día, ¿vale?

Al llegar a casa abrió la nevera para comer algo y la volvió a cerrar suspirando. No tenía casi nada, una caja de leche, una lechuga toda ajada y un envase de gulas, de esas de “calentar y listo”. Se dijo que aquello mismo serviría.

Sonó el timbre la puerta. Era su vecina del segundo. Una señora muy simpática que, cada vez que preparaba rosquillas le solía regalar algunas y que en ese momento, se daba el caso:

—Acabo de hacerlas, está mal que yo lo diga pero me han salido deliciosas. Ay hija, tienes unas ojeras terribles, ¿no duermes bien? ¿es que trabajas demasiado?

—De todo un poco, Úrsula.

Por las escaleras apareció otra mujer, vecina puerta con puerta de Vega, que le preguntó a Úrsula algo sobre lo ocurrido en la plaza del mercado a la mañana. Vega aprovechó para despedirse. Las dos mujeres se quedaron hablando.

Cuando estaba cerrando la puerta oyó a la que había llegado la última que le preguntaba a la otra:

—¿Esta chica cuantos años tiene?

—Treinta y dos, si no me equivoco.

—Es una pena que tan joven sufra de esta manera. La muerte del chico le está pasando factura, es terrible.

—Fue muy trágico el suceso, se les veía tan enamorados, no había más que ver cómo se miraban, ¿verdad?

—Hacían muy buena pareja, se les veía unidos.

—El tiempo curará sus heridas, no le queda otra opción.

—Mujer, tal vez, conozca a otro...

—Ojalá, se lo merece, es una chica tan buena, además de preciosa.

Vega abrió de nuevo la puerta y las miró en silencio. La vecina que vivía su lado, carraspeó y se despidió con rapidez desapareciendo tras la puerta de su casa. Úrsula le preguntó si podía pasar, que era mejor hablar dentro de puertas para adentro. Vega asintió, aunque no tenía nada de ganas de charla, le dio apuro decirle que no a la mujer que, en realidad, sabía que se preocupaba por ella.

Nada más entrar hasta la sala de estar, Úrsula se acercó a observar un aloe vera que tenía Vega en una estantería, al lado de la ventana.

—Me encanta esta planta, tanto como los girasoles. Me gusta ver los campos llenos de ellos, todos ordenaditos y formales mirando hacia el sol. Ambas plantas son tan vitales, aunque esta tuya la veo un poco flojita...

—Sí, igual le da poco la luz.

—Tanto los girasoles como el aloe vera son plantas fuertes. El aloe vera es férrea, muy resistente por no hablar de su savia, con unas propiedades excelentes. ¿Sabes lo que se suele decir de esta planta? Que cuando crece y está exuberante es porque está atrayendo a la buena suerte. En cambio, si se marchita es porque ha absorbido las malas energías, protegiéndonos. Tal vez, eso sea lo que le ocurre a la tuya.

—Por eso mismo la compré. En la clínica tenemos también. Las de allí están preciosas, pero ésta, de un tiempo para acá parece que va perdiendo fuerza, tal vez sea que le he contagiado mi estado de ánimo.

—¿Sabes que yo le hablo mucho a las plantas? Les cuento mis historias mientras las riego, puede parecerme una locura pero al fin y al cabo son seres vivos, ¿no? Creo que tienen algún tipo de conciencia, son como nosotros en el sentido de que necesitan agua, luz, crecen y mueren. No es de locos establecer una relación con ellas o al menos, a mí me lo parece.

—No, no lo creo. Eso precisamente no es tan de locos, Úrsula...

—Bueno, hija, espero que te aprovechen las rosquillas. Hoy es viernes, ¿no sales? Debe haber un concierto que trae a mi nieta de cabeza, lleva dando la paliza con ¿cómo se llama? No lo recuerdo...

—No, yo no voy, los tumultos me agobian.

—No me extraña, ese gentío es un horror. Aún así, es extraño que no salgas, ¿no tienes amigas?

Vega se quedó callada y miró hacia el suelo. La vecina enseguida contestó por ella:

—Lo siento, Vega, dirás que soy una vieja preguntona pero por favor, no me lo tomes a mal.

La mujer se levantó y se despidió. Vega cerró la puerta y suspiró. Se fue hasta la mesa a coger las rosquillas, se dijo que ya tenía solucionada la cena de aquella noche. Aunque podía calentarse el paquete de gulas o llamar a algún sitio para que le trajeran cualquier cosilla, pero en realidad el qué comer le resultaba indiferente.

Se echó leche en una taza, un par de cucharadas de cola cao y se sentó en la mesa de la cocina para tomárselo junto a una rosquilla. De allí se fue a la cama, necesitaba cerrar los ojos y olvidar que un día más, Urko no estaba allí con ella.

Durmiendo olvidaba su soledad y el declive en el que se había convertido su vida y que, francamente, poco le importaba.

Capítulo 5

Histérica, se puso histérica por culpa de una pareja en una tienda.

Había sido un día en el que un estado de alteración se fue adueñando de cada segundo y explotó. Ver esa pareja en el supermercado comprando y hablando le hizo traspasar sus propios límites. Tanto que no recordaba siquiera qué había pensado comprar y cogió lo primero que pilló, una ensalada ya lavada y lista para consumir y se fue. Ver a esa pareja le dio asco.

Ella, la chica mona, le llamaba al chico mono y enamorado y le decía:

—Mira cari, hay barquitas para rellenar, como lo de las fajitas. Esta noche, cenamos comida mexicana, ¿te parece?

—Si, guay.

Vega sintió, de forma literal, envidia y resentimiento. Se quedó parada y en blanco, luego reaccionó, cogió la bolsa de la ensalada y se largó de allí de muy mal humor.

En el autobús, una pareja se daban arrumacos y eso también la enfadó. Ese día parecía que todo eran parejas acarameladas con planes y futuros que se translucían en sus sonrisas. Sacó el teléfono del bolso y abrió el *Facebook* para no mirarles. Al ir bajando en la sección principal de noticias, vio que una de las compañeras de la facultad anunciaba su embarazo y publicaba una foto de su primera ecografía. “Que felicidad”, ponía en su estado. Vega salió de la aplicación y bloqueó el móvil.

Se quedó mirando a través de la ventanilla. La vida, o mejor dicho su vida, se había truncado. La muerte de Urko había jodido todos sus planes. A corto, a medio y a largo plazo. Sentía que había caído en un abismo infinito y no veía más que dolor y sufrimiento.

Planes, planes y más planes. Se había pasado tanto tiempo planificando que ahora que todo se había ido a la mierda, ¿qué se suponía que debía hacer? Acabar trastornada no era una opción recomendable.

Sin embargo, sí que lo tenía en cuenta, era eso o coger el coche y pisar el acelerador, por ejemplo.

Que lo había hecho. Había cogido su *focus* unas semanas después del funeral de Urko y se había ido hasta Orduña, al nacimiento del Nervión. Subió escuchando música, sin pensar en nada, sólo en llegar allí y respirar. La casa se le hacía pequeña, insufrible, daba vueltas, se sentaba en el sofá, ponía la tele, la apagaba. Se ponía un café, a la mitad lo tiraba por el desagüe, hasta tomarse un lorazepam y dormirse. Se había despertado, recordó aquel lugar y cogió las llaves del coche.

Su padre le había dicho que ni se le ocurriera conducir, que esas pastillas atontaban mucho. Él era su médico particular. Tenía una clínica privada en el centro de Bilbao de mucho prestigio, en la que pronto se jubilaría. Siempre le decía a Vega que tenía que haber estudiado medicina y no fisioterapia, le hubiera gustado que trabajara junto a él y poder legarle su empresa, que como él

decía, era su orgullo como lo era ella. Su única hija, su amor más puro de toda la vida.

—Pero que no lo escuche tu madre, que se enfada, ya sabes —le decía siempre.

Su querida madre murió de un ataque al corazón directo, no dio tiempo a nada. Sucedió como un fogonazo y después silencio, pero que lo cambió todo. Vega siempre se preguntaba cómo su padre podía haber soportado tanto dolor de golpe, que no hubiera acabado con él. Ella, una cría de doce años, lo vivió como una especie de momento surrealista pero su padre llevaba más de treinta años junto a la misma persona. Ella era además de su esposa, la que tomaba las citas y dirigía ejecutivamente la clínica. Siempre habían estado juntos, codo con codo. Una vez le preguntó a su padre, en uno de los aniversarios del fallecimiento, cómo lograba sobrellevar la ausencia de ella. Él le contestó:

—Uno termina por aprender a vivir con ello, sencillamente. Me agarro a lo que sigue, a lo que ella me dejó, así de simple. A nuestros recuerdos, nuestra vida y a ti, siempre a ti, Vega.

Ella debiera de hacer lo mismo, aprender a vivir con ese vacío que dejó Urko. Pero se negaba rotundamente.

Eso era lo que pensaba allí parada al borde del precipicio, en el salto del Nervión, mientras observaba cómo caía el agua en una pequeña catarata. Había un montón de gente alrededor de ella que se maravillaban ante tal paisaje. Pero ella no eran más que desconocidos, de vidas demasiado alejadas de la suya. Se dio la vuelta y cogió el coche de nuevo. Empezó a bajar las curvas del puerto que dividía el camino entre la provincia de Burgos y Vizcaya, sin ningún tipo de cuidado, apretando el acelerador con ansias.

Unas curvas más abajo, un chico se había salido de la carretera y tenía el coche semi volcado. Ella frenó de golpe y salió a ayudarlo.

Durante unos minutos, sólo podía ver sangre, sollozos del chico que luchaba por salir del vehículo y escuchar sus propias palabras, pidiendo que se calmara, que la iba a sacar de allí.

Pareciera que el tiempo hubiera vuelto hacia atrás y le diera la oportunidad de cambiar el destino. No sabía cómo había ocurrido pero le daba igual, tenía la oportunidad de salvarle de inmediato.

—Urko habla, estoy aquí, soy Vega, ¿me escuchas?

—¿Quién eres?

—Vega, soy Vega, no te preocupes. Tranquilo, te voy a sacar.

—No sé qué ha pasado.

—Has tenido un accidente pero estás vivo, Urko.

—No soy Urko, me llamo Danel.

Vega le quitó la gorra que llevaba y con las palmas de la mano la sangre que cubría el rostro del chico. No era Urko, no lo era.

—Lo siento, perdóname, te he confundido con otra persona.

—Tengo que llamar a mi madre, ¿dónde está mi teléfono?

—Sí, no te preocupes, ahora la aviso.

Después de que viniera la ambulancia y ella hablara con la policía, regresó a su casa.

Consternada, se dejó caer en el sofá. Se agarró la cabeza. “Me estoy volviendo loca, primero he hecho el intento de suicidarme y luego me ha parecido ver a Urko.” pensó con amargura.

¿Cómo no iba estar histérica? Estaba perdida del todo, obsesionada con él, lo único que rondaba por su mente. Odiaba a la vida y se detestaba a sí misma. Maldecía haber perdido el brillo de la felicidad en un abrir y cerrar de ojos.

Era como si el pecho se fuera a partir en dos, sentir que el aire no le llegaba y ahogarse sin remedio. La vista se le nublaba, no sólo de lágrimas, de una niebla densa, imposible de apartar y que hacía que perdiera el norte. Quisiera que él estuviera ahí para tomarla de la mano. No. Lo que de verdad deseaba era ella agarrarle a él y no dejarle ir. Volver al momento en el que cogieron las llaves del coche y soltarlas de nuevo en el bolso.

No poder evitar la tragedia y que tal vez estuvo en sus manos, eso le carcomía y le hacía perder la razón.

Necesitaba hablar con Aritz y le llamó para contarle lo sucedido:

—¿No me vas a echar la bronca?

—Si me lo estás contando es porque te sientes mal, ¿no?

—No pensé, me dejé llevar por un impulso.

—Prométeme que la próxima vez que se te pase algo similar por esa cabecita, me vas a llamar, inmediatamente.

—Espero tener un atisbo de razón. Porque siento que la voy perdiendo por momentos... Aritz, lo siento, perdona que te llame para darte la paliza.

—No, no lo sientas, has de expulsar lo que te carcome, hazlo o si no acabará contigo.

—Es que no quiero que me digas que soy una histérica, porque no es histeria es la puta realidad.

—Explícate.

—Es fácil, yo tenía una vida feliz, un novio que me quería y yo a él, teníamos un futuro, vivíamos nuestra propia vida. Y de pronto, esa historia se acaba, se va a la puta mierda, sin dar ni siquiera un aviso.

—¿Hubiera sido mejor, crees, por ejemplo, que hubiera tenido una enfermedad? ¿A eso te refieres con avisar, Vega?

Ella se quedó pensando.

—No, creo que no, hubiera sufrido tal vez más, ver que se consumía.

—¿Entonces?

—Entonces, tal vez así sea la mejor manera, no lo sé. No sé nada, la verdad, Aritz. No hay manera buena, ésa es la jodida verdad.

—Déjalo estar así, Vega, nunca lo sabrás. El dolor de una manera o de otra hubiera sido terrible, lo estás viviendo de este modo cómo ha sucedido y ya ves, sientes que te parte.

—¿Qué hago, Aritz? Dime, ¿qué debo hacer?

—Lo que estás haciendo ni más ni menos, hablar, vomitar toda esa mierda que te está consumiendo, pero al igual que lo expulsas, no lo dejes entrar, trata de curarte. Es como si teniendo un catarro por un lado tomas leche y miel y por otro, vas y sales a la calle sin abrigo, no es muy buena la comparación pero me explico lo que te quiero decir, ¿no?

—Aritz pero es que no puedo evitarlo, aunque trate de cambiar de pensamientos, están todos ahí revueltos en mi mente, rebotando de un lado a otro, martilleando cada momento, es un dolor de cabeza que creo que nunca llegaré a superar, se ha vuelto crónico.

—Estás muy inmersa aún en lo sucedido, sólo espero que este período lo pases lo antes posible. Yo espero que, dentro de algún tiempo la distancia logre que se difumine todo este dolor y sufrimiento que vives.

—Necesito que vuelva mi vida, Aritz, y eso lo sé a ciencia cierta, que no va a suceder.

—¿Y si la vida te tiene preparado algo bueno? No digo mejor, no quiero menospreciar lo que tenías con Urko, no me malinterpretes.

—¿Algo bueno? Ahora mismo, no lo puedo creer, Aritz —y sonrió en una mueca llena de constricción.

—Ahora estás muy encerrada, ciega, limitada pero yo creo, espero y deseo que un día puedas darme la razón.

—No lo sé, Aritz, yo sólo deseo que me devuelvan mi vida —dijo y luego se despidió de él, prometiéndole que le llamaría si le hacía falta.

Se tomó un lorazepam y se fue a la cama, tenía ganas de llorar pero ya no le quedaban lágrimas.

Capítulo 6

Vega conocía a Izaro desde que habían empezado a trabajar juntas en la clínica de rehabilitación, casi al mismo tiempo y de eso, habían pasado ya cinco años. Los suficientes para ir forjando una amistad día tras día de trabajo.

Hacía un año que no la veía, aquella mañana por fin la abrazaría. Tenían tantas cosas que contarse. Aunque ya le había dado la noticia funesta y habían hablado muchas veces por teléfono, nada podía compararse a tenerla cerca. Con ella se sentía bien. Aún recordaba cuando le había contado el cambio que quería hacer en su vida.

Izaro le había llamado para ir a comer juntas, había reservado mesa en un restaurante del Casco Viejo. Le había anticipado que tenía algo muy importante que contarle y Vega en cuanto llegaron donde habían quedado, no pudo aguantar la curiosidad:

—Es una chorrada, Vega, igual hasta piensas que se me ha ido la cabeza pero me hace mucha ilusión.

—¿Me lo vas a contar de una vez? ¿O me vas a tener en ascuas más? Cómo te gusta mantener el suspense...

—He decidido irme un año sabático a Hawái. Lo he consultado con Manu y no me ha puesto ninguna pega.

—¿A Hawái? Pero, no comprendo, Izaro. Nunca te he oído hablar nada de esto, es la primera vez que mencionas algo así, no lo entiendo, ¿me estás vacilando?

—No, estoy hablando completamente en serio. Ya sé que parece disparatado, Vega, la verdad es que no se lo había dicho a nadie hasta no tener la decisión tomada. Quería tener todos los detalles atados para dar todas las explicaciones, por ejemplo, a ti.

—Es increíble, ¿qué vas a hacer en Hawái? Y tú sola...

—No, sola, no. A ver, déjame que te cuente. Hace un par de meses, conocí a la novia de mi hermano, nos la presentó oficialmente en una comida familiar. Es una chica hawaiana que mi hermano conoció en la universidad y bueno, empezamos a hablar y nos caímos genial. Le conté a lo que me dedico y ella me habló de una técnica de masajes llamada lomi-lomi que me llamó la atención. Hablamos un montón sobre este tema hasta que ella, al ver tanto interés, me ofreció su casa para que fuera allí a aprender aquel tratamiento.

—Pero un año entero, ¿de qué tipo de masaje estás hablando?

—Uno muy especial, porque la parte más importante de la terapia, más que el masaje en sí, se basa en el amor que pone el practicante en el paciente y que se canaliza a través de sus manos y brazos.

Vega le miró sin entender.

—Entiendo que te suene extraño —dijo Izaro dijo guiñando un ojo.

—Mucho... pero me parece raro que a ti no.

—Un día te voy a presentar a Keani, ella lo explica y lo hace entender a la perfección.

—A ti te ha convencido demasiado, por lo que veo.

—Sí, Vega, es algo que me llama mucho, de verdad, creo que mi forma de ver la vida está estancada y necesito ampliar miras. Es difícil expresarlo.

Al cabo de dos semanas se habían despedido e Izaro le prometió que le mandaría mensajes y hablarían por teléfono.

El año había pasado y de nuevo la iba a ver. Tenían mucho de qué hablar, tenían que contarse mil historias.

“En realidad, contarme las tuyas porque las mías se acabaron, mi vida es ahora un cero a la izquierda” se dijo Vega mientras la esperaba en la entrada del restaurante.

Izaro llegó dos minutos después con una gran sonrisa, luego la estrechó entre sus brazos y le dijo:

—Aloha, Vega, amiga.

Ella la miró y contestó con una pregunta:

—¿Tengo que decirte yo también Aloha?

—Claro, claro, de ahora en adelante, cada vez que nos veamos nos diremos Aloha.

—No te lo crees ni tú.

—Cuando sepas lo que significa te va a gustar y me vas a dar la razón, tontita.

—Cuéntame, a ver.

—El significado de Aloha en hawaiano es el de amor, paz y compasión. Una vida de Aloha es cuando el corazón está tan lleno que se desborda con la habilidad de influenciar a los demás a tu alrededor con tu espíritu. Lo más interesante de Aloha es que cuanto más expresas tu amor y compasión por ti mismo y por los que te rodean, más regresa a ti. Por eso se ha convertido en una parte tan importante del lenguaje cotidiano de Hawái. También es el motivo que las personas lo dicen cuando saludan o se despiden para que se perpetúe el sentimiento, para que el Espíritu de Aloha continúe a través del día. Eso es lo que inculcan y tratan de que entendamos todos los foráneos.

—No sé si he captado lo que dices, un poco rollo, ¿no?

—Es fácil, Vega, tan sólo es esto: ser feliz con alguien o con algo, en el presente. Es decir, como ahora mismo, que estamos juntas, que acabamos de vernos después de bastante tiempo y estamos felices. Pero es que además deseamos que continúe y por eso expresamos Aloha.

Vega la miraba con recelo y volvió a decir:

—Si tú lo dices, vale.

—Suenan raro pero es un concepto maravilloso. Ya te contaré más cositas pero dime, ¿qué tal estás tú?

—A medias, ya lo sabes... A días, aunque los malos son más que los escasamente buenos.

—Es que aún no ha pasado el tiempo suficiente, apenas unos meses.

—Me siento perdida y es una sensación fea que me comprime, como si me asfixiara, que me hace sentir que no tengo salvación. Es como si estuviera en mitad de un desierto, muerta de sed y con una quemazón horrible en la garganta.

—Es normal, Vega, te repito que aún no ha pasado tanto tiempo para que te sientas más distanciada de lo ocurrido. Tendrás que aprender cada día que pasa, a acostumbrarte a que él ya no está.

—Pero le tengo en mi mente a cada momento, Izaro. Y no sólo eso, a veces me parece oír su voz, te lo digo completamente en serio. Además de soñar con él, casi a diario.

Izaro la escuchaba con atención, mientras le cogía una mano y se la apretaba con suavidad. Vega continuó:

—Es que no sé cómo explicarlo, me da vergüenza decirlo pero siento su presencia de verdad, su espíritu que me ronda, te lo prometo. Tal vez es que me esté volviendo loca, o que mi cabeza tan sólo lo imagine, no me tomes por una pirada por favor.

—Vega, desde que he vivido tantas experiencias diferentes en Hawái he abierto mucho la mente, las perspectivas y la forma de entender la vida. Si me estás hablando de fantasmas, no temas porque conozco alguna historia al respecto...

—¿Sí? Qué curiosidad, cuéntame.

—Uno de los temas más populares de las historias de fantasmas en las islas, es la Marcha Nocturna, los Hokai-po. A ver que te lo cuente, sin hacerme un lío. Hokai-po son apariciones fantasmales que se mueven al ritmo de los tambores. Cuentan que son espíritus guerreros que van o vienen hacia o desde la batalla, armados y vestidos con cascos y capas. Otras historias hablan de que son espíritus de ali'i (jefes) que guían a los lugares de importancia o dan la bienvenida a nuevos guerreros para unirse a la batalla. Dicen que pueden estar buscando recuperar territorio que le corresponde, reproducir una batalla que salió mal, vengar su propia muerte o están buscando la entrada al otro mundo.

Advierten que la procesión fantasmal no debe interrumpirse jamás. La leyenda cuenta que mirar sus ojos puede ser señal de un destino oscuro para el autor, un amigo o familiar, por lo que se ruega a los testigos a agacharse en el suelo y hacerse el muerto.

—Se me ha puesto la piel de gallina. ¿Tú has llegado a verla?

—No, pero un amigo mío de allí jura que sí existe.

—¿Y le crees?

—En principio, sí. Así que no te preocupes, no voy a juzgarte.

—Aunque decirlo en voz alta me resulte raro, Izaro, creo que el fantasma de Urko está muy cerca de mí.

—¿Y te da miedo?

—No, lo que me da miedo pensar que es producto de mi dolor.

—Entiendo.

—A veces creo que me va estallar la cabeza.

—¿Sabes qué? Vamos a ir a tu casa y te voy a dar un masaje lomi-lomi porque por mucho que te cuente todos sus beneficios, hasta que no lo compruebes por ti misma no lo vas a saber. Creo que necesitas desbloquear toda esa tensión que has ido acumulando, liberarte un poco. Además, antes no te lo he dicho, cuando recibes un tratamiento lomi-lomi recibes Aloha, el aliento de la vida, del amor.

—Bien, yo me dejo, necesito ambas cosas, amor y vida. Estoy pensando que quién sabe, tal vez yo también quiera aprender ese método y me vaya un día a Hawái.

—Nos vamos juntas, te va a encantar, qué playas, montañas, qué lugar tan especial, querida amiga. En las próximas vacaciones podíamos ir, prométeme que lo pensarás.

—Prometido, que lo pensaré. Aunque no sé si tendré dinero.

—Sólo tienes que pagarte el vuelo y los gastos de allí, porque alojamiento ya me encargo yo de eso, está solucionado, Vega.

—Se me había olvidado lo buena que eres preparando planes en un momentito.

—Cierto, se me da de lujo.

Las dos se marcharon del restaurante a casa de Vega. Por el camino, no hablaron mucho, llegaron e Izaro le realizó el ancestral lomi-lomi, tumbada sobre su cama.

Le masajeó la espalda con las manos y los antebrazos con movimientos extensos en forma de ondas y para cuando se pasó al cuello y cabeza, Vega terminó dormida.

Izaro la tapó y le dio un beso en la mejilla. Le escribió una nota de despedida y se marchó. Aquella noche, Vega durmió larga y profundamente, sin sueños, ni pesadillas, ni tan siquiera se movió de la posición en la que había conciliado el sueño.

Capítulo 7

Vega se despertó de madrugada, aún faltaban un par de horas para que saliera el sol. Encendió la pequeña lámpara de la mesilla, eran poco más de las cinco de la mañana. Poco a poco, lo último que recordó fue a su amiga masajeadando su espalda y que una agradable sensación la había embargando sin remedio, que toda esa pesadez que llevaba cargada se evaporaba.

Pensó que, aunque aún no entendiera del todo lo que le había tratado de explicar Izaro sobre el masaje, esa filosofía que había aprendido no podía ser ninguna secta de éstas de captar adeptos que un día se encerraran y se suicidaran de forma colectiva. Un masaje tan ideal, placentero no casaba nada con desear morir a lo loco. Se rio de su propia ocurrencia.

Se giró en la cama, era demasiado temprano, deseaba conciliar el sueño de nuevo. Era domingo, no tenía absolutamente nada que hacer. Dormir resultaba la mejor opción sin duda, así evitaría pensar en él, en lo que harían si estuvieran juntos. Después de cinco minutos tratando de mantener la mente en blanco, cogió los auriculares que guardaba en el cajón de la mesilla y los conectó al móvil. Puso las canciones que le recordaban a los dos, la conciencia le decía que no era sano pero era la misma que tampoco ayudaba a olvidar, así que le dio al play. A pesar de autocastigarse, sentía un cierto placer, era como si pudiera sentir a Urko en esas notas musicales.

La primera que escuchó fue de “*La Fuga*”, le recordaba cuántas veces ella la cantaba a voz en grito por casa, mientras pasaba el aspirador. Él siempre le decía: “Menos mal que el ruido del aparato amortigua tu desafíe”. Ella se reía y cogía el tubo del aspirador como si fuera una guitarra y se venía arriba con la música. Ahora, sin embargo, aquella canción y su letra tenían un significado muy diferente a entonces.

*¿Quién te ha robado la primavera?
¿Quién ha matado la ilusión?
Tu corazón se fue de borrachera
Y lo encontré llorando en un contenedor.
¿Quién subirá por ti a la luna?
¿quién bajará por tu edredón?
Si de recuerdo te dejó basura
Y una colilla dentro de tu corazón
Que nadie apagó.
¿Quién se ha burlado de los sueños?
¿Quién se acaba de despedir?
Tantos besos se han quedado pequeños.
Tantas lágrimas ya no saben dónde ir.
Esta noche a tu ventana tira piedras la luna.
Dice que no llores sola,
que ella quiere compañía, que la noche es larga y fría.
Ella en vela pasa las horas.*

*Se ha congelado tu colchón.
No quedan besos por aquí.
Litros de lluvia han inundado la habitación
Donde aprendiste a ser feliz.*

A continuación, sonó la canción, “Palabras”. La voz de *Amaia Montero* era como si tradujera uno por uno sus sentimientos.

*Cansada, de no parar de dar vueltas en nuestra cama
volando en paracaídas por esta casa
buscando rastros de vida, no queda nada, que valga
me pierdo, pensando en nosotros y juro que no me arrepiento
de haberte entregado la vida me queda lo bueno.
Te miro a los ojos y sé que ha pasado el momento...*

Las lágrimas empezaron a asomar poco a poco en sus ojos cerrados sin que nada pudiera evitar que corrieran por su cara, ni tan siquiera ella hizo el amago de pararlas. Alguna vez había pensado que le refrescaban por dentro y por fuera, enfriaban ese enfado que le elevaba al mismísimo infierno de dolor en el que se sentía día tras día.

—Vega, Vega, mi Vega.

Otra vez volvía a oír su voz, como en sueños.

—Vega, estoy contigo.

Se tapó los oídos.

—Abre los ojos, cariño.

—No, no estás aquí —dijo ella en un susurro.

Notó un movimiento a su lado en la cama y apretó los ojos con fuerza.

—Soy Urko, por favor, Vega, mírame.

Miró poco a poco al lado de la cama que llevaba vacío demasiado tiempo, Urko estaba allí recostado observándola con semblante de súplica.

No podía ser más que producto de que había llegado el momento de su locura total, se había aproximado al precipicio y se había caído. Tanto asomarse, tanto mirar al vacío, todo ello la había devorado porque de otro modo, verle allí al lado suyo, era una auténtica subversión. Se tapó con las manos cuando él la rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo. Podía sentirle, sus formas, su concavidad, su suavidad, su aliento en la cabeza. Se echó a llorar desconsoladamente.

Estaba inmersa, totalmente, en una realidad paralela, en un abismo infinito que la había engullido al fin. ¿Y por qué no dejarse llevar? Al fin y al cabo, él estaba allí, qué más daba en qué forma, de qué sustancia, en qué condiciones. Estaba rodeada entre sus brazos, sentía la vibración de su ser y tal vez su cabeza lo había manipulado todo, pero estaba allí, aunque sólo fuera una obra mágica de su cerebro.

Notó que él la estrechaba aún más hacia él.

—Vega, cariño —susurró en su oído claramente.

—¿Estoy soñando?

—No, estoy aquí, contigo, es verdad.

—Pero, tú estás... tú ibas en el coche y...

—Shhh —dijo él cerrando los ojos y añadió— no lo recuerdes, déjalo ir.

Ella iba decir algo más pero él se acercó y le mordió el labio inferior para luego fundirse en un beso desesperado. Vega sintió que la cama empezaba a dar vueltas.

—No puede ser... —jadeó nerviosa.

—Está ocurriendo, estoy aquí.

—Estoy soñando —se apartó de él.

Urko la acercó de nuevo y Vega creyó que el pulso se le desbocaba por momentos.

—Mírame —la sujetó ambos lados de la cara para obligarle a posar los ojos en él—. He regresado, soy yo, tócame.

—Es que es imposible...

No terminó de decir la frase. Urko la besó de nuevo y separándose un poco dijo:

—Déjate llevar, Vega, no pienses —murmuró él.

—Estoy nerviosa.

Urko descendió por su cuello dejando un reguero de besos a su paso y sus manos comenzaron a vagar por el cuerpo de ella. Lo que hizo que todo el cuerpo se electrizará, sentía chispas en la piel. Se desnudaron y se miraron como si fuera la primera vez.

—Necesito sentirte —susurró Vega con el corazón a toda velocidad.

—Y yo a ti, y yo a ti.

Unos minutos después, abrazada a Urko, Vega fue consciente de que el abismo en el que había caído siempre había sido su perdición.

—Todo sigue igual entre nosotros, nuestro amor —dijo ella con los ojos vidriosos.

Urko la contempló durante unos segundos y dijo:

—Nuestro amor es eterno, Vega —le sujetó por la nuca y la besó de nuevo.

Capítulo 8

Se despertaron pasada la media tarde, abrazados y acurrucados con las piernas entrelazadas. Ella aún con los ojos cerrados podía sentirle pegado a ella y pensó que, si fuera todo producto de una locura, de un cortocircuito en su mente, era el fallo más acertado que le podía haber sucedido. Abrió los ojos despacio y vio su brazo, con el tatuaje del reloj de arena, sobre ella y notó la vibración que emitía él. Era como si pareciera que estuviera nervioso, o con escalofríos, no sabía definirlo. Se movió con cuidado para darse la vuelta y tenerle de frente.

Cuando lo hizo, Urko tenía los ojos abiertos y sonreía.

—¿Ya estabas despierto?

—No me he dormido.

—¿Has estado así todo el tiempo? ¿qué hora es? —dijo alcanzando el móvil de la mesilla — ¡joder! Pero si son casi las ocho de la tarde.

—El tiempo para mí ya no es tan importante, Vega.

Ella le miró e hizo una mueca con las cejas comprendiendo su sarcasmo.

—Ya que mencionas ese tema, ahora me vas a explicar cómo es posible que estés aquí conmigo, o ¿tal vez debería plantearme ir a urgencias de inmediato?

—Qué más te da, ¿por qué necesitas saberlo? Tú me ves, me tocas, me tienes a tu lado y eso es lo que te vale, ¿no?

—Sí, por supuesto, no sabes cuánto te extrañaba.

—Si que lo sé, lo sé, Vega, tu amor ha sido el imán que me ha traído de regreso. Tal vez no te lo pueda explicar, es difícil pero estoy aquí y eso es mucho más de lo que jamás hubiéramos soñado ni tú ni yo.

—En eso tienes toda la razón, Urko. Y me da igual si es todo una especie de alucinación, ojalá no se acabe nunca. Aunque claro, se me ocurren preguntas, cuestiones que suscitan mi curiosidad, por ejemplo, ¿cómo es morir?

Urko le miró y luego volteó los ojos hacia arriba.

—Ya sé que no es una pregunta para este momento, lo sé, lo sé, lo sé... pero si no lo pregunto voy a reventar.

—Morir es una sensación extraña, es como si tuvieras una pared invisible delante de ti que te muestra todo alrededor, pero que te impide actuar. Ésa era la sensación en el coche, pero por eso mismo como no puedes hacer nada, como es imposible, sólo te dejas llevar porque de repente, estás agotado y es como si sólo quisieras dormir, no sé, es que es complicado de explicar lo que sientes, está fuera de tu control.

—Y yo que creía que los fantasmas no se podían materializar, que estés aquí conmigo, que me toques y no me traspases y viceversa me rompe todos los esquemas. Cómo ha cambiado el cuento en las historias de fantasmas, ¿no?

Urko empezó a reírse y su cuerpo vibró como si fuera el motor de un avión.

—Pero, por favor, ¿cómo haces esto? —preguntó ella pestañeando muy rápido.

—Creo que no lo entenderías jamás, porque no lo sé ni yo, soy todo energía, es un remolino, un torbellino que me mueve y es lo que hace que sea una persona de carne y hueso. La primera vez ocurrió en el espejo del baño, ¿lo recuerdas? No me di cuenta que eras tú la que lo provocaba.

—¿Yo?

—Si tú, cariño. Eres lo que te he dicho antes, como un imán. Yo estoy, diríamos en un estado evanescente pero tú, tus sentimientos, tus lágrimas, toda tú me invocas y haces que se remueva este estado. Antes de materializarme en el espejo aquel día...

—Perdona que te corte pero ahí empecé a cuestionarme mi salud mental, me dije a mi misma que iba a acabar con la camisa de fuerza.

Urko se rio.

—No te rías, de verdad es horrible, el sentimiento de dolor que te consume y además empezar a pensar que sufres alucinaciones, no puede ser peor, Urko.

—Tienes razón, es verdad, pero es que la situación si la miras desde otra perspectiva, es cómica, no me digas, imagínate con esa camisa de fuerza y los ojos vueltos.

— Sí, pero no es tan gracioso... Sigue con lo que me estabas explicando, lo de antes de materializarte en el espejo...

—Antes ya veía que había logrado hacer algunas cosas más. Lo de aparecer en tus sueños, lo de poner la música, lo de poder articular alguna palabra y acariciarte,...

—Madre mía, Urko, pero es increíble, si no es porque estoy tocando ahora mismo, jamás podría creer lo que está sucediendo.

—Decía Einstein, creo que era él, que la energía ni se crea ni se destruye, se transforma. No sé, Vega, de verdad que no entiendo cómo he podido llegar a controlar esto de esta manera y poder estar aquí contigo. Pero lo aprovecho y lo hago, además de venir a abrazarte y a reconfortarte también deseo que estés bien, Vega, no sabes lo que duele verte así, tan decaída, tan hundida, eso no puede ser. Ahora ya en serio, no puede ser. Has dejado de hacer todo lo que te gustaba, has dejado de ser tú y eso no te lo voy a permitir, ni por mí, ni por nadie.

—Pero, Urko, es que no quiero hacer nada sin ti, siento que no puedo, sin más.

—Hostias, Vega, no me jodas.

—¿Desde cuándo me hablas tan mal?

—Desde que estás así, que no eres tú, no sales, no hablas casi con la gente, hasta dejas que el

aloe vera se esté muriendo, ¿te parece normal? Tú que decías que su verdor le daba vida a la casa, que me convenciste cuando te dije que no me gustaban las plantas.

—Yo... lo siento pero no tengo fuerzas para nada, Urko, me dejaste y contigo se me fue todo.

—Todo no, yo era parte de tu vida, claro que sí. Pero eso, parte, no todo.

—El aloe vera empezó a marchitarse desde que no estás pero yo le echo agua, en serio, sigo cuidándolo, me dijo mi vecina que estas plantas absorben las malas energías de dónde están.

El teléfono comenzó a sonar, el nombre de Izaro aparecía en la pantalla. Pero Vega lo volvió a dejar sobre la mesilla.

—¿No vas a hablar con ella?

—No, en estos momentos no, ni con ella ni con nadie.

—¿Por qué?

—Porque no, ahora mismo quiero estar contigo, los demás pueden esperar y sin embargo tú, puede que te vayas y no, no y no. No voy a desperdiciar ni un solo segundo.

Al cabo de un minuto recibió un *Whatsapp* de su amiga:

“Qué tal te encuentras hoy, te he llamado para ver si querías ir a cenar y ver una película en el cine. Me dices, ¿vale?”

Vega se quedó pensativa y respondió:

“Hoy no me apetece. Ya hablamos”

Izaro le envió de inmediato:

“Vale, mañana te pego un toque. Cúdate”

Urko dijo mientras ella volvía dejar el teléfono sobre la mesilla:

—La gente teme a los fantasmas, eso ya lo sabes, ¿no? Cualquiera que me viera ahora mismo echaría a correr sin mirar atrás.

—Yo no he echado a correr.

Urko la miró con seriedad y añadió:

—Puede que el aloe vera se esté muriendo, en realidad, por mi culpa. Tal vez, estoy aquí por esa fuerza con la que tú me atraes pero no es buena, es una mezcla de amor, dolor y apego que produce algo que no es limpio. Las plantas necesitan luz, aire, agua. Las personas creo que lo mismo, no puedes estar encerrada en estas cuatro paredes, casi sin alimentarte, tienes la nevera vacía, ¿eso es normal? Casi ni sales, estás demacrada. Definitivamente, el aloe vera está somatizando todo lo que tú vives.

—No te enfades, ahora no, ahora que estás conmigo no, no podemos malgastar esta oportunidad.

—Tengo que decírtelo yo, porque los que están a tu alrededor no les haces ni puto caso, Vega, ¿piensas vivir en un averno de aquí en adelante?

—Pero ¿por qué me hablas de todo esto? Yo ahora sólo puedo pensar en ti, en que estás ahora mismo aquí, lo demás me da igual.

—Te da igual todo dices, pero eso no es la solución, ni el modo, porque todo continúa y tú no te puedes hacer a un lado. No puedes seguir sin contestar a Izaro, no puedes seguir sin hablar con nadie, perderás el trabajo porque tú misma te lo estás buscando. ¿Cómo harás para pagar el agua, la electricidad, el gas? No es tan fácil, Vega, sólo te puede dar igual todo cuando te marchas, como yo y como todos los que se han ido, mientras sigas viva, hay cosas que importan.

—Urko, nunca me habías hablado así, jamás habías sido tan trascendental.

—Será que cuando uno ya no pertenece al mundo, aprecia lo que dejó...

—Será eso, oírte decir esas cosas me sorprende.

—Es que me jode, Vega, tú siempre sonreías y hablabas, eras tan tu nombre, como la estrella, tan brillante, tenías tanta luz como ella y quiero verte de nuevo así. Allí donde miraras, deslumbrabas.

—Ahora que has vuelto verás que recupero todo eso y más, de verdad, Urko, no te enfades, por favor.

Vega lo abrazó y Urko suspiró:

—Vega, has de hacerlo, no puedes seguir haciendo esto, ¿lo entiendes?

—Sí, Urko, lo sé, lo sé. Pero ahora sólo abrázame, es lo que necesito.

Capítulo 9

Al día siguiente, cuando sonó el despertador y Vega se dio cuenta que era lunes, se le vino el mundo encima. Por unos momentos, barajó la idea de llamar a Manu y decirle que se encontraba pachucha, que no podía ir a trabajar.

—Ya no recordaba este sonido, qué pronto se olvida lo que uno detestaba —le dijo Urko abrazándola.

—Me quedaría todo el día aquí...

—Ojalá, por mí encantado pero hay que ir a trabajar, ya sabes, hace falta la pasta.

—Vamos a cambiar de tema, por fi.

—¿De qué quieres hablar?

—De lo que podemos hacer después cuando vuelva a la tarde, podemos ver una película, ¿qué te parece? ¿te gustaría alguna en especial?

—No sé, la verdad es que me resulta indiferente.

—Indiferente qué, ¿ver una película o elegir una?

—Lo segundo.

—No puede ser que te de igual, siempre has sido muy selectivo.

—Ahora realmente no tengo nada en cola, ni en mi lista de favoritos, eso pasó a la historia...

—Ya sé por dónde vas, pero olvídate de eso, ahora es ahora. Venga, piensa qué te gustaría ver.

—Que te digo que me da igual, elige tú, pesada.

—Te pregunto porque si decido yo, seguro que luego dices que menuda película he ido a escoger, que si un bodrio, que si de amoríos,...

—Sabes que te lo voy a decir igual, me gusta meterme contigo, pones esos morritos tan elegantes.

—Elegantes dice, es que no vas a cambiar nunca, por lo que parece, ni habiendo cruzado el más allá.

—Venga, seguro que tú ya tienes alguna en mente, ¿qué vamos a ver?

—"El extraño caso de Benjamin Button", dura unas tres horas pero ya me has dicho que el tiempo no es problema, ¿no?

—No, el tiempo es estar contigo y aprovecharlo —dijo Urko dándole un beso en la comisura de los labios.

—Me haces cosquillas con tu vibración.

—Sabes que eres tú la que la provoca —volvió a besarla.

—¿Entonces, vamos a ver la película?

—Calla un rato, anda...

Urko le acarició la cara despacio. Vega se acurrucó en su pecho que vibraba fuerte. Él fue dejando resbalar las manos por el cuerpo de ella quién suspiró y se dejó llevar.

—Siempre que me tocas amenaza el corazón con salir por la boca —susurró Vega.

—Te quiero. Mucho —le dijo él y añadió— Quiéreme tú.

Y Vega lo hizo, se acercó a su boca y se besaron, mientras él le cogía la cara con sus manos. Luego ella se separó y le miró con intensidad.

—Te quiero —le dijo en voz muy baja—. Pero tengo miedo de que esto sea tan sólo una alucinación, que te vayas de nuevo.

Urko asintió y se acercó a su boca de nuevo. Ella cerró los ojos y saboreó aquel placer. Acabaron enredados entre las sábanas, la vibración de aquellos besos fue aumentando en caricias, susurros de placer y movimientos que culminaron en un sonido a ralenti, como si del punto muerto se trataran, hasta que Vega de pronto abrió los ojos asustada.

—¿Qué hora es, Urko? ¿Dónde coño tengo el teléfono?

—Está ahí en la mesilla, donde lo has dejado antes.

—Ay, vale, últimamente no sé dónde dejo las cosas, la verdad. Joder son las diez de la mañana, tengo dos llamadas perdidas de Manu.

—Estás en Babia, demasiado.

—En Babia precisamente no, mejor dicho, en un lugar llamado tristeza y ahí la cabeza se pierde sin remedio.

—Todo tiene remedio menos una cosa...

—¿Me vas a echar la bronca otra vez?

—Tómalo como te parezca, sólo te digo que va siendo hora que la verdadera Vega regrese porque creo que el verdadero fantasma has sido y estás siendo tú. Yo soy un principiante a tu lado.

—Vale, lo pillo, no sigas por ahí —miró el teléfono y se quedó unos segundos callada— Como tengo el teléfono en silencio, no nos hemos podido enterar. Buf, cómo se nos ha ido el rato.

—A mí no me mires, yo perdí la noción temporal desde el día que pasé la puerta de la otra vida...

—Tengo que llamar a la clínica. ¿Qué le voy a decir a Manu?

—Dile que has pasado mala noche y que te has quedado dormida, porque otra excusa no creo que vaya a colar.

—Buf, me siento mal, es un buen jefe.

—Acuérdate también de los pacientes que tenías que atender.

Vega llamó a su jefe mientras carraspeaba.

—Hola Manu, sí, sí estoy viva, estoy bien, no te preocupes —dijo mientras le miraba a Urko y le hacía un gesto con la mano sobre su pecho para que viera que estaba solucionado.

Urko puso los ojos en blanco y se dio la vuelta en la cama, mientras ella seguía explicándose.

—Manu, en una hora estoy ahí, gracias y lo siento. Hasta ahora —dejó el teléfono sobre la mesilla y se agachó a besar a Urko— Buf, he salvado el día.

—Ya, hoy ha sido dormirte pero, ¿y cuándo has perdido alguna cita?

—Bueno, eso ha sido sólo en una ocasión y él ya sabía que estaba mal por lo tuyo y no me lo tuvo en cuenta.

—Que no, Vega, que no, que lo que me ocurrió no te da derecho a despreocuparte de todas las cosas. Estamos hablando del trabajo, pero no sólo te afecta a eso, ya te lo he dicho —dijo muy serio.

—Cuando te pones así también vibras mucho, pareciera que fueras a salir disparado.

—Es que no me gusta que me utilices de excusa, no paso por ahí.

—Vale, lo he pillado, tranquilo —se levantó de la cama y añadió— me voy a trabajar, relájate, con esa vibración me das hasta miedo, a ver si vas a convertirte en tornado.

—Venga, larga, al final te entretienes, te lías y no vas.

—Te lo digo en serio, te has vuelto muy serio, muy autoritario, no sé qué te han hecho en el otro mundo.

—Y tú te has vuelto una pasota, Vega, así que no sé qué es peor. Sí, déjame que me tranquilice porque al final me voy a convertir en un torbellino, turbina, qué se yo... Venga, larga.

Vega se fue al baño a darse una ducha rápida y a vestirse mientras dejó a Urko que trató de que la vibración le disminuyera con música que puso en el reproductor de cd's.

Capítulo 10

Vega llegó al trabajo y enseguida cogió a uno de los pacientes de aquella mañana y desde ese momento no paró hasta la tarde, hasta la hora del cierre. Estuvo hablando con su jefe un rato, quién no le dijo nada sobre el retraso que había tenido. Manu le comentó el fin de semana que él había pasado en Cantabria, en Santillana del Mar concretamente y luego se despidieron mientras echaban la persiana de la clínica.

Al pasar por una cafetería, vio que en la puerta estaba su profesor de yoga, Aritz, quién estaba hablando con una chica y le tocó un hombro.

—Hola Vega, qué sorpresa.

—Hola Aritz.

—¿Qué haces por aquí?

—Acabo de salir de trabajar, ha sido una jornada un poco estresante, me he quedado dormida y luego no he parado en todo el día, me voy a toda leche para casa, qué ganas tengo.

—Bueno, ¿no te tomas un café conmigo y hablamos?

—Aritz, es que tengo ganas de llegar ya a casa.

—Sólo va ser un ratito, venga, te estoy invitando, no me hagas el feo.

—Vale, un cafelito y ya, ¿eh?

Entraron al establecimiento, se sentaron en una de las mesas, fue Aritz quién pidió y trajo los cafés para ambos.

—Me he estado acordando de ti estos días, ¿qué tal estás, Vega? Ya sabes, la última vez me dejaste preocupado...

—Bueno... —dudó por unos momentos si contarle lo que le había sucedido— estoy algo mejor.

—¿Sí? Qué bien, me alegra que digas eso, la última vez te vi mal, tenías tanto dolor acumulado, tal vez el soltarlo, el traducirlo a palabras te vino bien. Como cuando estás con gastroenteritis, que tienes que vomitar y el estómago se queda mejor, ¿algo así, no?

—Si, puede ser, pero también es otra cosa —dudaba en si decírselo o no, una cosa era haber tenido sueños o sensaciones con Urko, pero decirle abiertamente que el fantasma de él estaba con ella de cuerpo presente le parecía desmesurado, por mucho que tuviera confianza con él.

—¿Otra cosa?

—¿Tú Aritz, crees que hay algo después de la muerte?

—¿Algo cómo qué? ¿Un cielo, un paraíso, otra vida?

—Sí bueno, aunque me refería a si crees que después de morir desaparecemos del todo.

—No, para empezar, no podemos desaparecer del todo, quedamos en los corazones y en la memoria de quiénes nos quieren y dejamos atrás.

—Sí, eso sí, claro, pero ¿queda nuestra esencia, nuestra alma o espíritu? No sé cómo denominarlo, no sé si me explico...

—Afirmativo. A ver, esto que te voy a decir, lo leí hace tiempo pero me parece muy razonable. La ciencia afirma que una onda de energía no se puede destruir. El alma, nuestra esencia humana es energía, por lo tanto también es indestructible.

—Tiene lógica, la verdad o al menos, eso quiero pensar porque si no, últimamente lo que he venido sintiendo sólo sería producto de mi imaginación.

—¿Te refieres a todos esos sueños que has tenido con Urko?

—A eso y también otras experiencias, demasiado reales...

—¿Qué quieres decir?

—Ya te lo conté, a veces puedo sentir a Urko muy cerca de mí...

—Sí, pero yo creo que es muy normal, al fin y al cabo no ha pasado mucho tiempo desde que murió y al haber estado tan unidos, es lógico que tengas esa sensación.

—Pero, Aritz, ¿y si te dijera que lo puedo ver, tocar, que puedo hablar con él? —Vega aguantó la respiración esperando la reacción de él.

—No sé, la verdad es que no lo sé... ¿te ocurre eso?

—Sí —se quedó unos segundos pensando y añadió— ahora pensarás que he perdido la cabeza.

Él la miró durante algunos segundos y dijo:

—Y la muerte no podrá tocarnos, ni se interpondrá, la muerte no detiene al amor, como mucho lo demora.

—No te entiendo.

—La película.

—¿Qué película?

—*“La princesa prometida”*, lo dicen ahí...

—No lo recuerdo.

—Da igual... Brindemos, Vega, por el amor indestructible.

Ella sonrió y chocó su taza con la del amigo y se rieron.

—¿A qué se debe la celebración? —dijo una voz por detrás de Aritz.

Aritz se giró y exclamó:

— Guillem, chaval, ¿qué pasa?

—Nada, que había quedado con un colega para tomar algo y me acaba de llamar que no puede venir, iba a irme ya cuando te he visto.

—Ésta es Vega, alumna de mis clases de yoga pero también amiga mía. Si quieres, quédate con nosotros a tomar ese algo.

—Hola Vega, encantado de conocerte, bueno, ya le has oído a Aritz, me llamo Guillem.

—Encantada yo también.

—Si no os importa, pues sí, me siento un rato con vosotros.

—Sí, no te preocupes, además yo me voy a ir enseguida, así le haces compañía a Aritz.

—Perfecto, voy a pedir una cerveza y de paso, voy al baño.

Aritz aprovechó esos momentos para hacerle una breve presentación de Guillem.

—Guillem es ilustrador, tiene una profesión peculiar, siempre con miles de personajes en su cabeza, dice que le acompañan a todas horas que les tiene que dar vida dibujándolos. Desde que era un renacuajo hacía unos dibujos muy guapos. Hubo un certamen en el colegio, el tema versaba sobre animales, nuestro cole tenía varias mascotas adoptadas, un conejo, un gato, unas ranas,... y él dibujó un búho, pero como de historia épica. Todos le preguntamos que quién se lo había hecho. No ganó, porque el que quedó primero había dibujado a nuestras mascotas muy guay y todo eso, muy de sentimiento del colegio, pero él quedó el tercero. El director le preguntó que si había visto alguna vez un búho. Guillem contestó que en un mercado medieval. Había un cetrero con varias aves y las había soltado allí en el recinto, cuando vio al búho posado en el brazo del hombre, con la cabeza girada llegó a casa con esa imagen y se puso a dibujar. Así es Guillem, un tío que va su bola pero no le va mal, dice que los primeros siempre tienen la responsabilidad de darlo todo, los terceros pueden ir más a su rollo. Es un crack, todo una personalidad. Sus padres se vinieron de Barcelona cuando él nació, decidieron poner un restaurante en Bilbao, habían estado en unas vacaciones y les inspiró a empezar una nueva vida. Yo siempre le vacilo con que es un inmigrante, y él me contesta que no eres de donde naces si no de donde paces, que a su vez lo dice su padre. Guillem es un tío genial, seguro que ya se ha quedado con alguna impresión tuya en la cabeza y te está dibujando en su imaginación, te lo aseguro.

Guillem regresó con el vaso de cerveza en la mano y se sentó con ellos.

—Bueno, ya le habrás cotilleado toda mi vida a tu amiga, ¿o no?—comentó él.

—Ja, ja, ja cómo lo sabes, le he avisado que tenga cuidado contigo, ella sabe que se puede fiar de mí.

—Ah, claro, que yo soy un desconocido.

—Has dicho bien, y no sólo un extraño, encima un pirado que dibuja a la peña... ya le he

advertido de esa manía tuya.

—Bueno, Aritz, depende cómo fuera el dibujo, igual no me importaría —dijo Vega.

—¿Ves? Esta chica es buena gente, da un voto de confianza, no como tú, que somos amigos desde enanos y en cuanto puedes me das la patada en el culo o me dejas mal, delante de todo el mundo —rio Guillem.

—No vayas de víctima, Guillem, con Vega no te va a colar.

Vega se sonrojó en esos momentos y Aritz se rio a carcajada limpia, mientras Guillem le pegaba una colleja al amigo.

Estuvieron hablando durante algo más de media hora hasta que Vega miró el reloj y se dio cuenta que se le había pasado el rato sin percatarse. Guillem había estado contando que estaba en un proyecto con personas enfermas de alzheimer en el que expresaban sus pensamientos mediante los dibujos. Luego, psicólogos y médicos iban a hacer una investigación para recopilar conclusiones. Desconocía los datos técnicos pero decía que se trataba de un proyecto chulo y que sobre todo, según palabras de él, le daba luz a esa oscura enfermedad. Guillem la comparó a perderse en un laberinto y no volver a encontrarse con uno mismo y creía que al dibujar, esos pacientes se volvían a encontrar con parte de lo que un día fueron. Vega le había escuchado atentamente y le había hecho sonreír su desparpajo y su delicadeza al denominar a aquellas personas, en su mayoría ancianos, “mis chicos y mis chicas del proyecto”.

—Guillem, ¿por qué no le haces un retrato ahora a Vega? —preguntó de pronto Aritz.

—¡Qué dices! —se adelantó Vega antes de que el aludido pudiera abrir la boca siquiera —Aritz, no alucines.

—Vega, es que antes no te he dicho que este tío es capaz de dibujarte en diez minutos y tú si que vas a flipar, te lo prometo.

—A mí no me importa, Vega y no tienes que hacer nada, posar ni nada por el estilo, tú sigue a lo tuyo, no necesito que me mires, ni que te quedes quieta.

—Jobar, Aritz, eres un liante de la pera —dijo ella medio ruborizada.

—Guillem, ni caso, ponte a ello —dijo Aritz haciéndole un gesto para que empezara ya.

Guillem sacó de su mochila un cuaderno y unos lápices de colores y se puso sin más dilación a ello. Vega se sintió por unos segundos agobiada, de pronto se acordó de Urko y quiso levantarse inmediatamente de la mesa. Aritz, entonces, la tomó por el brazo y mirándola con intensidad le dijo:

—Vega, ¿no sabes que ahora también doy a yoga un grupo de niños?

—No, no lo sabía —dijo ella mirando de soslayo hacia Guillem, incómoda por la situación.

—Sí, los viernes voy una hora y media a un colegio, estoy muy contento, es un grupo de niños y niñas de entre ocho y diez años, sobre todo son niñas.

—¿Pero qué es, en plan actividad extraescolar? —dijo ella desviando la vista a su amigo.

—Sí, exacto, una de mis alumnas del local, es la madre de una esas niñas y está metida en la asociación de padres y madres del colegio de la hija y me comentó que si podía hacerlo porque bastantes personas habían demandado esa actividad. Y ya sabes, que yo no tengo problema, ahí que me apunto, a un bombardeo, más si se trata del yoga.

—Pero, ¿desde cuándo te llevas bien tú con los niños?

—Buena pregunta, ja, ja, ja. No tenía ni idea de que se me dieran tan bien, mira tú por dónde.

—Es que no sé, no te pega nada.

—Eso creía, el primer sorprendido soy yo.

Aritz le contó alguna anécdota graciosa sobre un par de niñas que querían ponerse siempre las dos juntas porque decían que eran novias y la de un niño que en una postura forzada, se le escapó un pedete y ya no hubo manera de seguir en serio hasta que terminó la clase, todo eran carcajadas. Vega se rio, Aritz tenía una risa contagiosa y mientras, Guillem en silencio, continuaba con la vista fija en ella y en su cuaderno de forma simultánea.

Vega le miraba de reojo pero ya no se sentía turbada, al fin y al cabo, pensó que tan sólo era un dibujo de su cara, no estaba delante de ningún público o peor, ni que la estuviera viendo desnuda.

—Ah, otra anécdota muy buena fue la de las piruletas azules. Una niña apareció uno de esos días con piruletas azules para todos porque era su cumpleaños. Yo que no tenía ni idea de que pintaba la lengua, me la comí tan pancho. Mi boca y yo dimos la nota aquella tarde. Encima tenía reunión de vecinos, si ves cómo me miraban... Los dientes, la lengua y los labios azules, intensamente azules.

—Ja, ja, ja, es que me imagino el careto de los de tu portal.

—Mejor no, porque eran auténticos poemas, ja, ja, ja.

En esos momentos, Guillem dijo:

—Bueno, ya está, a ver qué os parece...

Vega miró a Aritz y éste dijo:

—¿Estás alucinando, no?

—Un poco sí, ¿cuánto tiempo ha pasado?

—Nueve minutos exactamente, este Guillem es una máquina.

—Bueno, primero tendréis que ver el resultado, igual no os gusta —y tendió el cuaderno hacia ellos.

Vega y Aritz miraron durante unos segundos al folio en silencio hasta que Aritz silbó:

—Te pasas, Guillem, tío. Eres un crack.

Vega seguía con la vista fija en el dibujo esbozando una media sonrisa.

—¿Qué te parece, Vega? ¿Te gusta? —le preguntó Guillem.

—Sí... por supuesto, es increíble que en menos de diez minutos hayas hecho esto, es más que increíble —le respondió ella volviendo la vista hacia él.

—Te lo dije, Vega, Guillem tiene un don porque no sólo dibuja, percibe y plasma el alma de las cosas, de los animales, de las personas. Y contigo lo ha vuelto a hacer.

—Aritz tiene toda la razón, eres todo un artista, me has dejado sin palabras.

—Muchas gracias, me alegro que te guste.

—Me ha encantado pero que mucho —miró el reloj de su muñeca y se dio cuenta que era demasiado tarde, Urko estaría preocupado por la ausencia. Vega había perdido la noción del tiempo por completo.— Me tengo que ir, chicos, es muy tarde ya.

Se excusó diciendo que tenía que buscar algo en internet para un paciente con una lesión un tanto especial. Aritz y Guillem se ofrecieron a acompañarla hasta casa.

—No, no hace falta de veras, quedaros y seguir a lo vuestro. Guillem encantada de conocerte.

—Lo mismo te digo Vega —le dijo y se acercó a darle dos besos.

—Que vaya bien el proyecto, ojalá sirva para encontrar un paliativo a esa enfermedad.

—Gracias, ya os lo contaré.

—Sí, claro. Agur chicos.

Vega se puso la chaqueta, se colgó el bolso y salió apresurada. De pronto, le habían entrado muchas prisas por llegar a casa. Quería ver ya a Urko, sentía confusión en su cabeza. Se daba cuenta que no quería reconocer que por primera vez en mucho tiempo, él había pasado a un segundo plano en su cabeza. Él que la estaba esperando en casa, que había vuelto por ella. Que la seguía cuidando.

El camino de vuelta con Urko se le hizo interminable.

Capítulo 11

Antes de llegar a casa, en el ascensor, estuvo hablando con su vecina. Vega que quería llegar cuanto antes, no quería darle charla pero la mujer siempre se portaba muy bien con ella, se preocupaba y no se merecía que la tratara con descortesía. Le siguió el rollo pero deseaba estar ya con Urko, iba a pensar que algo le había sucedido, todo el día fuera de casa.

—Me he acordado de ti, hoy cielo.

—Ah si, ¿y eso?

—Por el aloe vera, hoy he estado en un cursillo de flores y plantas en la casa de la cultura y la chica que impartía el tema nos ha hablado mucho del aloe vera. Al final nos ha regalado un tiesto con un par de hojas para cada uno de los asistentes. La chica era canaria, muy salada ella. He pensado que ya que tu planta está muy pochita, te voy a regalar ésta que me han dado a mí.

—No te molestes mujer, contigo va a estar mejor cuidada que conmigo, me daría mucha vergüenza si se me muriera.

—No hija, por eso no te preocupes, yo te la doy de mil amores, tampoco soy tan exigente. Aunque bueno, un poco de cuidado si que le vas a prestar a la pobre planta, ¿verdad?

—Si, voy a tratar, claro —le dio la razón para ver si así iban zanjando ya la conversación, habían llegado ya al piso donde vivía la mujer y no terminaba de salir del ascensor.

—Si esperas un momentito, te la doy ahora.

—Vale.

La mujer abrió la puerta de su casa y no tardó casi nada como había prometido, regresó en segundos con la pequeña maceta.

—Toma cielo, hala y vete ya a descansar que tienes caruchilla, ¿has tenido mucho trabajo?

—Bueno, lo de siempre.

—Acuérdate de lo que te dije, el aloe vera absorbe las malas energías, te va a venir bien para todo.

—Sí...

—La vida continúa, no lo olvides niña.

Vega le miró e intentó sonreír.

—No te lo digo por decir, yo llevo viuda más de siete años y no hay día que no me acuerde de mi marido pero ya he aprendido a vivir sin él, qué remedio... ¿Sabes lo que me dijo él un par de días antes de morir? —le miró durante unos segundos y seguido le dijo — “No lo pone en el testamento pero debería haberlo hecho escribir para que quedara constancia: a mi familia les dejo la vida”.

Entonces, Úrsula se acercó a Vega y la dio un beso y un pequeño apretón en los brazos. Vega trató de retener una pequeña lágrima que asomaba en los ojos.

—No llores, cielo, no quería con esto que lloraras, sólo pretendía contarte mi perspectiva, tal vez te ayude. Te veo siempre tan triste desde que no está tu chico.

—No te preocupes, no pasa nada. Me gusta hablar contigo, porque me comprendes y al final, cuando una se mete en casa al menos sabe que, en todo este edificio hay alguien, a pocos pasos que se preocupa y me comprende. Incluso me da rosquillas y plantas. Cómo me voy a quejar, no, imposible. Muchas gracias, sobre todo por ese consejo, bueno, el de tu marido. ¿De qué murió, si no es indiscreción?

—Le dio un pequeño ataque al corazón que pudieron coger a tiempo los médicos pero mientras estaba en el hospital le dio otro, más intenso que fue el que lo fulminó. Fue estando ingresado cuando me habló del testamento, porque él ya se lo olía. Ese momento fue muy emotivo, me hizo prometer que cuando él faltara viviera, que no se me ocurriera morir en vida.

—Tenía toda la razón, sin duda, pero es que es tan difícil llevarlo a la práctica.

—Y qué lo digas, a mí me costó muchísimo, llevábamos toda la vida juntos como quién dice, nos conocimos con quince años, hija, ¿qué te parece?

—Una pasada, ¿cuántos años pasaron juntos?

—Sesenta y uno.

—Entonces, no me extraña que le costara hacerse a la idea de que se había ido para siempre.

—Verdaderamente los primeros meses fueron horribles pero después de un año, con ayuda de mis hijos, nietos, de algunas amigas y de apuntarme a todo lo que salía en la casa de la cultura para los mayores me he terminado acostumbrando y vivo, que ese fue el legado de mi marido y he de perpetuarlo.

—Ojalá yo pudiera como tú pero los días pesan y las noches aún más.

—No lo creerás pero el tiempo va asentando las cosas, los sentimientos y también los va atenuando. Aunque te parezca un poco mal lo que te voy a decir ahora, lo que hay que hacer es tratar de no aferrarse a ese recuerdo, a esa sombra, a esa vida que ya no está. Aunque con eso creas que no te importa.

—Eso suena a que el amor no era tan fuerte ni inmenso y para mí así lo era y así lo es.

—Lo sé cariño, ¿qué crees, que no sé eso? Pero él ya no está y nada se puede hacer por eso.

—¿Y si le dijera que a veces lo siento cercano?

—¿A qué te refieres?

—¿Tú crees que hay vida más allá de la muerte?

—Bueno, ya sabes lo que se suele decir, nadie lo sabe. Más que nada nadie ha regresado de allí, del más allá, como quiera que se llame. Hija, no lo sé, para qué engañarte, trato de evitar

pensar en esas cosas, prefiero que me pille desprevenida el momento y ya puestos a pedir que ni me entere.

—En eso lleva razón, que nos pille dormidas, es lo mejor.

—Pero, entonces, ¿a qué te referías?

—No, nada, tonterías.

—¿A si hay vida más allá de la muerte, a los espíritus, a si existen los fantasmas?

—Sí.

—Bueno, una amiga mía fue a una vidente y le contó que era un imán para las almas que se habían quedado perdidas en la tierra, le dijo que desprendía muchísima luz y la buscaban pero que ella no se daba cuenta. Básicamente porque no creía en nada de eso, había ido por hacerle el favor a su prima que le daba vergüenza ir ella sola. Pero yo si que creo que hay almas deambulando y que buscan consuelo.

—¿Eso crees, en serio?

—Sí, aunque yo la verdad nunca he visto ni sentido ninguna. Yo pensé al morir mi marido, que tal vez él se hiciera ver o notar de algún modo. Jodío, pues no, aquí sigo esperando, porque por ejemplo cojo el álbum de fotos y espero, pero nada de nada. Hablando en serio, niña, yo si que creí al principio que le iba a ver, que su espíritu se me presentaría en alguna ocasión pero a medida que iba pasando el tiempo, fui perdiendo la esperanza. De hecho a día de hoy, ya ni se me ocurre pensarlo. Un día llegué a la conclusión que el motivo de los fantasmas se aparezcan es que tienen algo pendiente, algo que les carcome, que están desorientados y por eso se quedan aquí. No sé, pero mi marido no dejó nada pendiente o sabía que yo me las iba a arreglar perfectamente. Y sabes eso me gusta, la confianza. Porque también tener a alguien, aunque sea incorpóreo pegado a la espalda muy sano no es. ¿no? Ni vivo, ni muerto. A ver, muerto podrido no, claro. Ya sabes, muerto en modo fantasma. Creo que es mejor quedarnos con nuestros recuerdos, que son como fantasmas, no dejan de serlo, porque están ahí aunque sean casi invisibles pero no nos limitan o no deberían, en principio.

Te has quedado muy callada y yo te estoy dando un mitin de los de bostezar sin parar, seguro que estás pensando: “Esta vieja qué pesada, me quiero ir para casa”

—No, no —Vega se echó a reír— Para nada, es que estaba pensando en lo que estabas diciendo...

—Bueno, hija, no te molesto más, y tampoco le des muchas más vueltas, hay cosas que mejor dejarlas estar como los misterios de la vida y la muerte... al final sólo produce dolor de cabeza y ya es muy tarde, vete para casa, descansa.

—Si, es hora de entrar en casa.

—Buenas noches, Vega, hasta mañana.

—Hasta mañana.

La vecina se fue y Vega se metió de nuevo al ascensor hasta su piso. Las palabras de la mujer resonaban en la cabeza, los fantasmas, los recuerdos, los misterios de la vida,...

Cuando abrió la puerta de su casa suspiró y entró, de momento sólo quería volver a ver a Urko, abrazarle, sin más. Oyó de fondo el murmullo de la televisión y fue derecha hasta la sala, en el sofá estaba reclinado él.

—Vega, al fin...—Vega no le dejó hablar, se inclinó con miedo y dejó los labios sobre los suyos. Seguía allí. Mientras ese beso crecía, Urko comenzó a acariciarle el pelo, las mejillas, el cuello, y cuando sus manos bajaban por los hombros, Vega se apartó.

—¿Qué pasa, Vega? —preguntó él.

—Nada, no es nada —se disculpó y apoyó la frente en su barbilla—. Sólo que ha sido un día muy largo, sin más.

Él le levantó la cara con una mano y dijo:

—Ya estás en casa, conmigo.

Vega se apoyó en su pecho que vibraba como un zumbido relajante y dijo:

—Urko..., estoy contigo, es verdad y ahora mismo, sólo cuenta eso, tú y yo.

Él volvió a besarla y a envolverla en el suave ronroneo de su ser.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, Vega llegó a trabajar puntual, incluso con tiempo de sobra. Allí se encontró con Izaro que estaba charlando animadamente con Manu café en mano.

—Hola Vega, ¡vaya! hoy no se te han pegado las sábanas, ja, ja, ja.

—A ver Manu, porque ayer ocurriera, no iba a animarme hoy también, sería la leche, además un descuido lo tiene cualquiera, ¿no? Díselo tú, Izaro.

—No, a mí no me metáis en esas movidas que yo ya tengo la mía propia aquí con el señor jefe.

—Sí... ¿no sabes la última, Vega? Resulta que aquí tu amiga y compañera Izaro, se nos va otro medio año a Hawái.

—¿Y eso? —preguntó Vega mirando a la aludida.

—A ver... Aún tengo que terminar de aprender algunas técnicas más de sanación pero principalmente, el motivo es otro.

—¿Se nos ha enamorado de un hawaiano, Vega! —rio Manu.

—Jobar Manu, no se te puede contar nada —dijo Izaro y le dio un pequeño codazo.

—¿Sí, Izaro? ¿Es verdad? No puedo creer que no me hayas dicho nada, te mato.

—Es que nos estamos conociendo, Vega. Bueno, ya llevamos saliendo tres meses. Desde que he vuelto no hace más que enviarme mensajes pidiéndome que regrese y bueno, tras darle un millón de vueltas a la cabeza, he decidido que sí.

—Estoy flipando, de verdad.

—Lo sé, porque yo soy la primera alucinada, no te creas.

—Izaro, que lo sepa Manu antes que yo me parece el colmo, esto no te lo perdono.

—Lo sé, lo sé, pero tenía que decirle el motivo de marcharme otra vez, ¿no? ¿me perdonas?

—Y encima te marchas...

—Me voy sí, pero creo que si no lo hago me voy a arrepentir más adelante. Tengo que ver cómo me va, de aquí a medio año, ir viendo lo que hay entre nosotros y luego tomaré la siguiente decisión. Te lo iba a contar, te lo prometo. Necesito que me apoyes, ¿lo harás?

—Jo, que sí. aunque no sé ni qué decirte, sólo que me alegro por ti y que tú mejor que nadie sabes lo que deseas.

—Ya le he dicho a Manu, que si necesita contratar a otra persona, que lo haga, que no cuente conmigo. Puede que ya no vuelva... quién sabe.

—No digas eso porque me da mal rollo —dijo Vega.

—Ya sabes a qué me refiero, amiga.

—Que sí, tontita, lo sé, te he entendido a la perfección.

—No sé qué sucederá, la vida te va ofreciendo caminos y creo que este es uno de esos casos, ¿no creéis?

Vega y Manu asintieron. Vega envidió el optimismo y la apertura de su amiga, también era cierto que sus vidas eran diametralmente opuestas y sobre todo sus vivencias y experiencias. Se dijo para autoconvencerse.

—Por cierto, Vega, a todo esto, que como Izaro ha acaparado toda la atención ya se me olvidaba, ha venido hace menos de un cuarto de hora un amigo tuyo, Aritz, y me ha dado esto para ti.

Manu le tendió un sobre del tamaño de un folio en blanco. Lo abrió, de su interior sacó el retrato que le había hecho la víspera el colega ilustrador de Aritz, junto a una piruleta azul y una pequeña nota:

“El pesado de Guillem insistió en que te quedaras el dibujo. Así que como iba a pasar cerca de tu trabajo, te lo dejo y asunto zanjado. Que pases un buen día, reina, y sobre todo, no pienses, fluye, como el agua del río, no te quedes en estanque. Ah, la piruleta para que sonrías en azul, ya sabes...”

Se quedó mirando el retrato, vio que su jefe y su amiga lo miraban de reojo y al sentirse pillados se rieron.

—Joder, Vega, está genial, es que no podía por menos de mirar, llama la atención. ¿Quién lo ha hecho? —preguntó Manu.

—Un chico que conocí ayer mientras tomaba algo con mi profesor de yoga, Aritz.

—¿Ayer? Lo conoces ayer y te hace un dibujo así de guapo, vaya, no me joribies, le flechaste, Vega.

—Pero qué dices, no inventes, hombre, que fue Aritz el que le obligó a hacerlo, se sintió comprometido, sin más.

—A ver, hoy te lo trae Aritz aquí, porque quería librarse de esta cosa horripilante, ¿no? Vega pareces nueva, chica —intervino Izaro.

—Anda ya, dejarme en paz. Estáis haciendo una película de nada. El chico fue amable y punto. Ya está, no sé ni para qué os he contado nada, cotillas.

—Vega, me sorprende tu inocencia. Yo soy tío, sé lo que te digo.

—Que lo dejes ya, pesado. No voy a hablar más de esto, te vas a quedar como estás.

—Ja, ja, ja Vega, la que se pica...

—Me voy a cambiar de ropa que me estáis entreteniendo.

Se despidió de Izaro y le hizo prometer que comerían juntas antes de que se volviera a marchar a Hawái.

—Me lo tienes que contar todo de ese chico, promételo.

—Sí, por supuesto pero tú también parece que tengas algo que contar...

Vega la miró sin entender.

—Un chico te regala un retrato precioso y una piruleta azul en forma de corazón, a ver... algo se me escapa...

—Estáis haciendo un mundo de nada, te lo juro, no hay nada que tenga que contarte, en serio. La piruleta no es de él, es de Aritz, un amigo y mi profesor de yoga, es por una historieta que me contó pero nada del otro mundo. Me voy a cambiar, hablamos, Izaro. ¿vale?

Se fue hasta el vestuario y abrió la taquilla para dejar las cosas. Miró durante unos segundos el dibujo antes de guardarlo en el sobre, realmente le encantaba, tenía un toque precioso, los matices azules le conferían delicadeza.

Un pensamiento de otra naturaleza se le cruzó en ese momento, si lo llevaba a casa tendría que explicarle a Urko la procedencia y la víspera no había comentado nada al respecto pero, seguramente si lo viera le parecería tan bonito como a ella. Era un retrato que decía mucho de ella en la expresión, realmente había sabido vislumbrarla. Porque ella era así en esos momentos de su vida. Aunque estuviera Urko, en su fuero interno reconocía que eso no era la realidad. La verdadera era como un pantano, estancada y casi maloliente.

Y se preguntó quién cambiaba el agua de los estanques artificiales, porque la de los naturales, al menos, el agua de la lluvia podía hacer que se renovaran. ¿Ella era artificial o natural? Tal vez artificial, porque se había quedado estancada por ella misma.

Joder, Aritz, ¿por qué le hacía dar vueltas a la cabeza a estas horas de la mañana? Se rio.

Miró la piruleta que le hizo recordar la sonrisa azul de su profesor de yoga, se lo imaginó con la boca azul hablando con sus vecinos de portal, tenía mucha gracia. ¿Cuándo se iba a comer ella la golosina? La verdad era que no sabía si existía un momento adecuado.

Miro la hora, en diez minutos tenía su primer paciente de la mañana y aún no se había cambiado de ropa, entre estar hablando con Manu e Izaro y sus divagaciones, el tiempo casi se le había echado encima.

Guardó la ilustración y la piruleta en el sobre y lo dejó en la balda superior de la taquilla. Se dijo a si misma que cuando tuviera un momento, le mandaría un mensaje a Aritz para que le diera las gracias a Guillem por el dibujo, mientras se ponía los pantalones y la camisola de la clínica.

Por unos momentos, se acordó de Urko, le imaginó en el sofá de casa tal vez o poniendo música y sonrió. Si alguien supiera que su fantasma había regresado, ¿qué ocurriría? Una pregunta que le salió espontánea y le causó una cierta aprensión en el pecho. Desechó ese pensamiento y en su lugar, pensó que cuando regresara a la tarde, por fortuna, le encontraría en casa. Y eso le producía alegría e ilusión desbordantes, por todas aquellas otras tardes en las que no le había encontrado. Él representaba lo que necesitaba para vivir cada día.

Aunque bueno, también pensó que si él la estuviera esperando a la salida de la clínica, como solía hacer alguna que otra vez, también le causaría mucho contento. Pero, la situación actual era radicalmente diferente. Eso jamás ocurriría, ni eso, ni ir a su playa, ni otras muchas cosas más. Por un momento, le dio miedo la clase de felicidad con la que se conformaba en ese momento de su vida, sintió un mal augurio en forma de nudo en la boca del estómago. No sabía qué iba a ocurrir en un futuro, si no viviría una situación del todo insostenible, si no acabaría todo como un sueño que al fin y al cabo reunía todas las condiciones para serlo.

Lo único que sabía era que había salido de un abismo infinito y por nada del mundo, quisiera volver a hundirse en él. Cómo continuaría la historia, era un interrogante que iría descubriendo, no quedaba otra.

—Vega, ha llegado ya tu paciente, Karmel —dijo Izaro asomando la cabeza por la puerta del vestuario.

—Buf, me lío, me lío y al final siempre tarde —dijo cerrando la taquilla de golpe y a la vez, la voz de su conciencia, al menos de momento.

Al mediodía, durante la comida, le mandó el mensaje pendiente a Aritz:

“Cuando vuelvas a ver a Guillem dale las gracias por el retrato, realmente es un trabajo maravilloso”

Aritz estaba en línea y respondió:

“Dice que de nada”

Vega pestañeó y tecleó:

“¿Cómo que de nada, está contigo?”

“Sí, ya te he dicho que es muy pesado, a veces se pega como una lapa, aquí le tengo”

“Ah”

“Vega, hazte una foto con la lengua azul”

“¿Eh?”

“La piruleta”

“Ah, ni de coña”

“No seas sosa”

“Ja, ja, ja”

“Dice Guillem que hasta la próxima, se va ya, le he dejado un par de libros de yoga, ahora le ha dado por ahí, dice que igual se apunta a mis clases.”

“Vale, dile adiós y que gracias. Respecto a lo del yoga, mejor para ti”

“Creo que le gustaste”

“Cuántas tonterías dices, de verdad”

“Sí, sí, ya veremos si no tengo razón”

“Oye, te tengo que dejar, voy a terminar de comer”

“No te hagas la que no te enteras”

“No, en serio, tengo una paciente ahora en diez minutos, no me puedo entretener”

“Bueno, ya hablaremos, te veo en la clase esta tarde”

“No sé si iré”

“¿Por qué no vas a venir? No se te ocurra faltar, “

“Ya hablaremos, te dejo, tengo que trabajar”

“Sí, pero ven esta tarde, Vega.”

Vega cerró el *WhatsApp*, aún le quedaba arroz en el tupper pero ya no tenía más ganas de seguir comiendo, a pesar de que estaba bueno. Como tampoco sabía el porqué de haber dicho a Aritz que igual no iría a la clase de yoga de aquella tarde. Cogió de nuevo el teléfono y se puso a ver fotografías de Urko y ella hasta que llegara el próximo paciente a la sesión de rehabilitación.

Mientras iba pasando una a una, se dijo que el amor de Urko había sido, era y sería el centro de su corazón. Se había hecho un hueco inmenso en él. Con él se había sentido y se sentía amada. Con él, había sido una hortera, una romántica y una descarriada al mismo tiempo. Aquello que pensaba que se había acabado para siempre y con ello también su vida, había regresado. Lo que más deseaba, con toda su alma, había sucedido milagrosamente. De forma absurda, irreal, paranormal pero ella podía verificarlo. Eso zanjaba todos sus problemas y a ello se aferraba como su tabla salvavidas, aunque no quisiera reconocer que en su fuero interno rondaba algo había que no podía traducir aún a palabras y frases con lógica.

Llegó su paciente puntual a la hora acordada y apartó las divagaciones de su mente. Aunque Vega intuía que aquello aún no definido, podía tomar la forma de preguntas que más tarde o más temprano hallarían respuestas. Todo era cuestión de tiempo.

Epílogo

Estaba allí entre esas cuatro paredes, esperando a Vega, cuando la presencia anónima le habló de nuevo.

No quería oírle, sabía lo que le va a decir y no estaba dispuesto a escuchar.

—Llevas ya demasiado tiempo y comienza a ser un peligro, cada hora que pasas aquí hace que Vega se ilusione más y más, que se aferre a lo imposible. Tú mismo pero si no te despides, te tendrás que ir igualmente y para ella va a ser peor.

—Déjame más, no es tan fácil.

—Sólo se deja regresar a solucionar lo que ha quedado inconcluso, no a alargar la situación. Es un favor que se concede por el bien de alguna alma que se ha hundido. No puedes pedir más tiempo. Porque para ella el tiempo es oro, cada minuto que se pegue más a ti, más condenada va a estar. El abismo la tragará irremediamente, has venido a sacarla no a hundirla más, era tu cometido. Sabías que venías despedirte.

—Lo sé, sé que la tengo que ayudar a salir.

—Tendrás que usar un método más radical.

—No comprendo...

—Compórtate como lo que eres, hazle comprender que te vas para siempre, ella sigue con los vivos y tú ahora con los otros, no pertenecéis a la misma dimensión.

Urko no respondió.

¿Cómo iba hacer eso que le pedía la presencia anónima? Si sólo con mirarla se venía abajo, aunque reconociera, en realidad, que tenía que despedirse de ella para siempre y que rehiciera su vida. Vega estaba mal, se la veía, estaba muerta en vida, no podía dejar que continuara así. Lo único que hacía era ir a trabajar, como una posesa, sin ilusiones de ningún tipo y como la amaba tanto, le dolía verla así. La presencia anónima le amedrentaba, una grave que imponía, pero que lo que decía era la verdad y nada más que la verdad.

Era su obligación con ella, con Vega, la reina de las sonrisas, la que era capaz de quitarle todos los pesares. Vega le conocía tan bien, con una mirada suya le atravesaba, le entendía. Había imaginado toda su vida junto a ella, pero el final tan apresurado le había quitado toda expectativa.

Él, que pretendía llevarla a Las Vegas a casarse y después estar de cervezas o de vinos toda la noche, acabar como dos pirados bañándose en la piscina de algún hotel, casados a lo loco. Pero la vida se había encargado de decirles que no había nada más para ellos dos. En ese momento, comprendía que todo tenía un final y también, el imperativo de aprovechar cada momento, porque el final siempre acababa llegando, tarde o temprano.

Aún así, tenía que estar agradecido, porque le daban la oportunidad de despedirse y no la

podía malgastar. Por él se quedaría toda la vida con Vega, pero era muy egoísta, sabía que eso la limitaría del todo.

—Pero, ¿y si Vega quiere que me quede así, que no le importa?? También debe tomar parte, ¿no?

—Has de avanzar y ella también.

—¿Sabes que es el amor?

—Sí, a la perfección.

—Entonces, comprenderás el problema que tengo.

—Tu problema no es más que egoísmo y eso es amor a uno mismo, ¿te refieres a esa clase de amor?

—No, bien sabes que no.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—No es nada fácil.

—Tú sabrás pero cuánto más lo alargues, más problemas crearás. Debes despedirte ya de ella.

—Es que puede ser que la deje peor de lo que estaba antes.

—Hazlo, no le des más vueltas.

—Te repito que es difícil.

—Por eso mismo, cuanto antes mejor.

—Trataré.

—No, lo harás, tú preocúpate de esto y lo demás ya se verá.

Tenía que hacerlo, sabía que debía despedirse, aunque le resultara complicado y absurdo desprenderse de ella y asumir que la dejaría de nuevo destrozada. Ella saldría del pozo sola, saldría a delante. Recordó la historia de la niña y la muñeca viajera de *Kafka* que un día le contó a Vega mientras hablaban de sus escritores favoritos y que en las circunstancias en las que se encontraba, tomaba significado:

—La historia trata de cuando Franz Kafka se encontró con una niña en el parque al que se iba a pasear cada día. Ella lloraba afligida, había perdido a su muñeca.

Kafka se ofreció a ayudar a buscar a la muñeca y se dispuso a reunirse con ella al día siguiente en el mismo lugar. Como no encontró la muñeca redactó una carta “escrita” por la muñeca y se la leyó cuando se volvieron a ver:

“Por favor no me llores, he salido de viaje para ver el mundo. Te voy a escribir sobre mis aventuras”.

Éste fue el inicio de muchas misivas. Cuando él y la niña se reunían, él la leía estas cartas

cuidadosamente escritas de aventuras imaginarias sobre su muñeca. La niña fue consolada.

Cuando las reuniones llegaron a su fin, Kafka le regaló una muñeca, obviamente, diferente de la original. Una carta adjunta explicó: *“Los viajes me han cambiado...”*

Años más tarde, la niña ya hecha una mujer, encontró una última carta metida dentro de la muñeca.

En resumen, lo que venía a decir era: *“Cada cosa que amas, terminarás por perderla, pero al final, el amor volverá de una forma diferente”*.

—Qué historia tan bonita, Urko, yo que creía que *Kafka* era un escritor muy oscuro, qué sorpresa —dijo ella con los ojos brillantes.

—Yo leí el libro hace muchos años en la biblioteca, seguro que ahora tú también te animas a leerlo.

Al final, siempre se encontraba en los libros todo eso que a veces no sabía traducir, esos sentimientos que se instalaban y que no entendían, ni sabía cómo denominarlos. Esa historia corta ilustraba de alguna manera lo sucedido y sólo deseaba que Vega encontrara la manera de seguir hacia delante, que viviera.

Estaba seguro de que iba a hacer lo correcto, no cabía duda. Pero, ¿cómo iba a poder despedirse de ella? Era como saltar al caos de lo desconocido. A ese abismo infinito del que había hablado la presencia anónima. ¿Cómo iba a tener esa valentía?

Ya había tratado de regañarla, había intentado hacerle ver lo insustancial de la situación pero ella le miraba de aquella forma suya, le tocaba y tiraba por el suelo todos sus amagos. Ya no sabía qué más podía hacer.

¿No hablarla, no mirarla, insultarla, hacerla de menos? Esas artimañas eran trucos bajos. Tal vez importunarla. Pero era incapaz. Nadie que amara con todo su ser, podría ser capaz de molestar a nadie, sin sentirse un desgraciado, un hijo de puta, un mal nacido. Era injusto que se tuviera que despedir de ella pero más a las malas. Quería que fuera de otra manera porque entendía que ya nada volvería a ser igual, eso lo sabía de sobra, pero es que Vega no era capaz de sobrellevarlo, era capaz de estar con un fantasma por lo que estaba comprobando.

Volvió a recordar cuando le pidió que se casaran, a ella se le iluminaron los ojos. La idea loca de irse a Las Vegas y acabar al amanecer medio borrachos, felices y unidos en un sí quiero. Una de las tantas ilusiones que se quedaron en el camino.

No podía seguir quitándole más y más. Si continuaba con ella, ese sería el futuro que le esperaba, no poder hacer nada, no avanzar, porque él no era más que un fantasma.

“Pero, ¿cómo cojones lo voy a hacer?” se dijo llevado por la impotencia.

La presencia anónima sólo le había dicho que se despidiera, que lo demás ya se vería.

En el caso de que él consiguiera reunir el valor de hacerlo finalmente, ¿qué se iba a ver?

¿Qué había querido decir la presencia con “*lo demás ya se vería*”?

Nota de la autora

Llegados a este punto, querid@ lector@, quiero agradecerte que le hayas dado la oportunidad a **“Un Abismo Infinito”**.

Espero que hayas disfrutado del viaje, de ir descubriendo todo lo sucedido a Urko y a Vega , que te haya dejado buen sabor de boca sus vivencias... fantasmagóricas.

Tanto que, en un futuro no tan lejano, volvamos a encontrarnos en otros caminos en forma de libros, en fin, en más historias. Y bueno, quizá... ¿en la continuación de esta misma?

De momento, nos vemos en las redes sociales o también puedes visitarme en el blog de Larru.net, te espero.